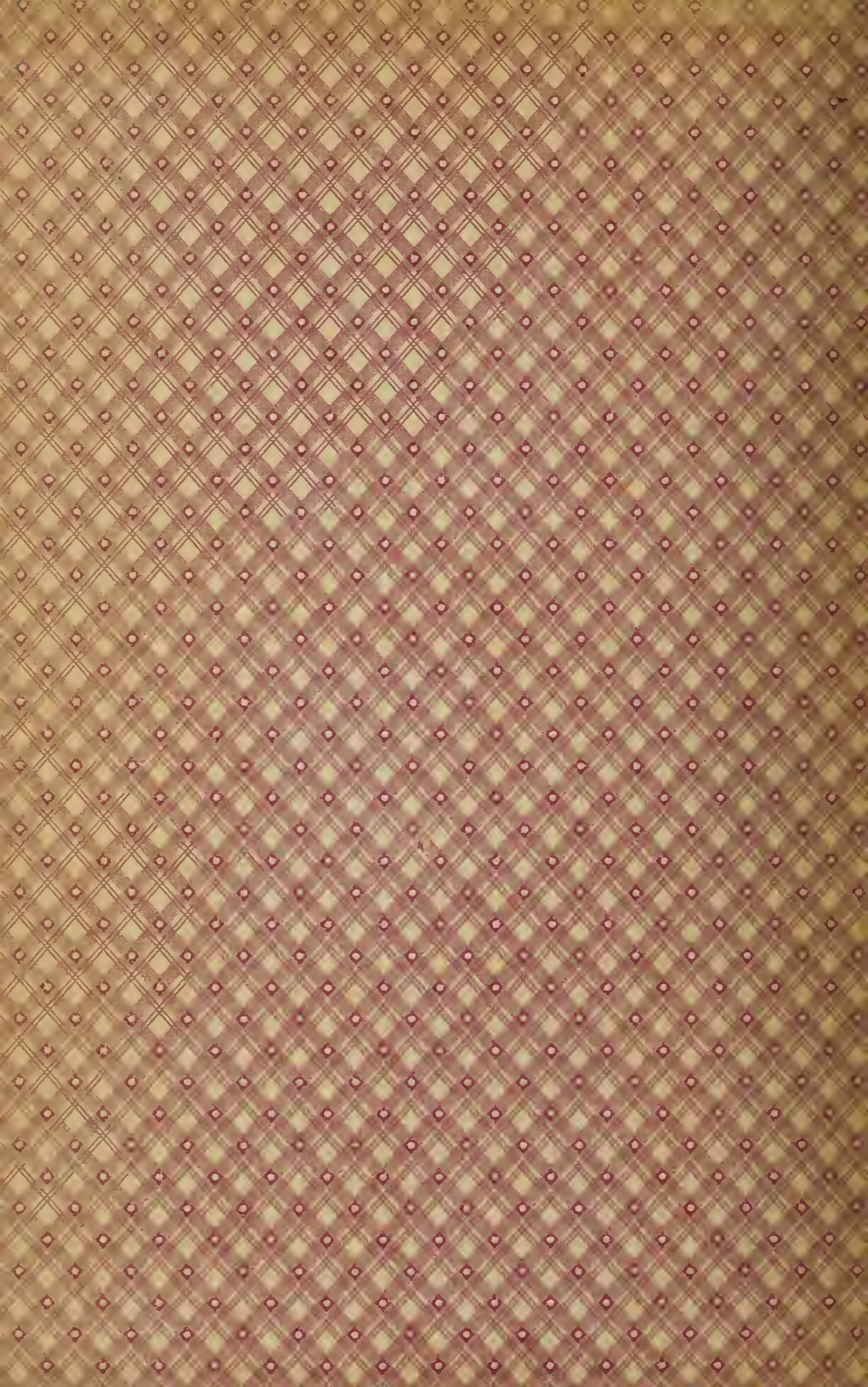
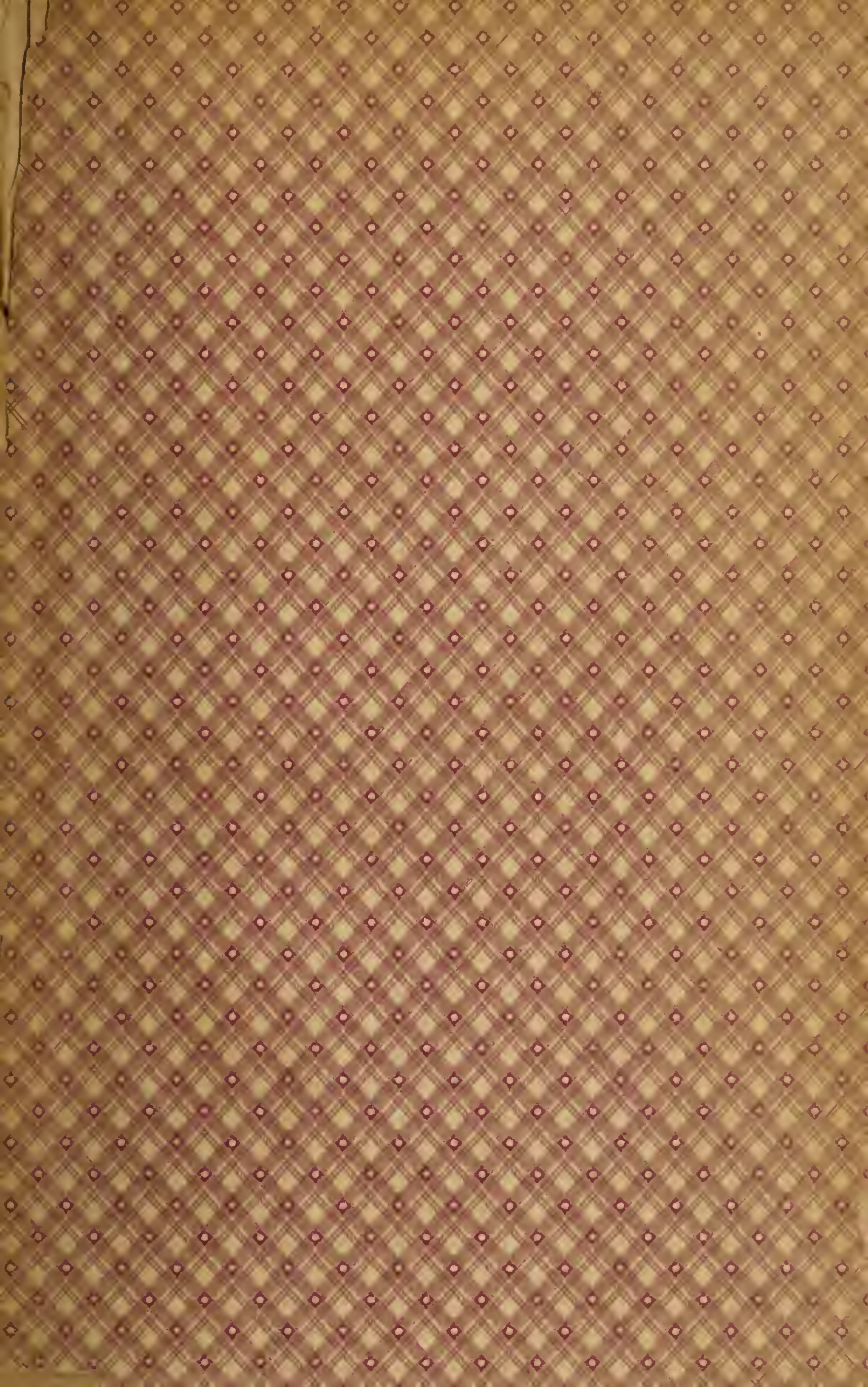
JOSÉ I. VALENTÍ











EXAMEN CRÍTICO

DE LAS

OBRAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ

BAJO EL CONCEPTO RELIGIOSO Y LITERARIO

POR

DON JOSÉ IGNACIO VALENTÍ

LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS
Y SOCIO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA BARCELONESA
FILOSÓFICO-CIENTÍFICA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

CON UN PRÓLOGO

DEL ILMO. SR. DR. D. JOSÉ SALAMERÓ
Prelado doméstico de Su Santidad
é individuo de número
de la Real Academia de Ciencias morales y políticas.

Con aprobación eclesiástica.



MADRID
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS
Calle de Juan Bravo, 5.
1892

EXAMEN CRÍTICO

DE LAS

OBRAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ



EXAMEN CRÍTICO

DE LAS

OBRAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ

BAJO EL CONCEPTO RELIGIOSO Y LITERARIO

POR

DON JOSÉ IGNACIO VALENTÍ

LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS
Y SOCIO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA BARCELONESA
FILOSÓFICO-CIENTÍFICA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

CON UN PRÓLOGO

DEL ILMO. SR. DR. D. JOSÉ SALAMERO

Prelado doméstico de Su Santidad
é individuo de número
de la Real Academia de Ciencias morales y políticas.

Con aprobación eclesiástica.



MADRID
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS
Calle de Juan Bravo, 5.
1892



APROBACIÓN ECLESIÁSTICA

NÓS EL DR. D. JOSÉ MARÍA DE COS,

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá, Caballero Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica, Senador del Reino, etc., etc.

Por el presente y por lo que á Nos corresponde damos licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada Examen crítico de las Obras de San Juan de la Cruz, bajo el concepto religioso y literario, *escrita por el señor D. José Ignacio Valentí, mediante que de nuestra orden ha sido leída y examinada, y, según la censura, nada contiene que sea contrario al dogma católico, sana moral y demás leyes de la Iglesia.*

En testimonio de lo cual expedimos el presente, rubricado de nuestra mano, sellado con el mayor de de nuestras armas y refrendado por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno en Madrid á 19 de Diciembre de 1892.

José María, *Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá.*

Por mandado de S. E. I. el Arzobispo-Obispo mi Señor,

Dr. Cayetano Ortiz.

Reg. lib. corriente, fol. 253.

A su venerado Maestro

El eminente Catedrático de Estética del primer Centro docente de la Nación, sabio orientalista y docto historiógrafo,

Ilmo. Sr. Doctor

D. Francisco Fernández y González,

Decano de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Central é individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando y electo de la Española, dedica esta obra, como leve pero entusiasta tributo de admiración y respeto,

El Autor.



PRÓLOGO

Bienvenida sea esta obra, que, en mi opinión, está llamada á dar óptimos frutos de religión, tratándose de un autor que hace años viene consagrando sus talentos y virtudes al estudio de nuestros clásicos de la escuela religiosa y literaria.

Es el Sr. D. José Ignacio Valentí un escritor, cuyo gusto literario y labor científica en asuntos de piedad cristiana, bien merece que se recomiende á los amantes de las buenas lecturas.

El estilo suelto, limpio, gallardo, que

campea en sus publicaciones, se ve mayormente en esta obra, titulada Examen crítico de las obras de San Juan de la Cruz, que es un verdadero tratado, una crítica concienzuda de los escritos del insigne cuanto venerable carmelita.

Los conceptos sublimes de San Juan de la Cruz, sus coloquios divinos, los amores de su alma, en presencia siempre de un cielo anticipado, de un preludio, digámoslo así, religioso, místico, vidente, en el que el afecto del corazón hace en cierto modo positivo, aun en esta vida, el mismo ideal teológico, necesitaban de un buen exégeta que vulgarizara entre muchos sus bellezas y enseñanzas.

Hijo el Sr. Valentí de Mallorca, donde parece mantenerse vivas las tradiciones lulianas, que siempre influyen en ciertos buenos espíritus, esto mismo da á escritores como el autor de este libro aptitudes

excepcionales para este género de meditaciones, á la vez piadosas y filosóficas. Hay que reconocer que el ilustre mallorquín es un maestro en materias literarias y teológicas; demostrándolo esta preciosa monografía, este incomparable trabajo, en el que el lector encontrará primores de poesía y de mística, con tal verdad, con tal arte expuestos, que difícilmente podrá nadie superarle.

Cada discurso, cada párrafo, cada poesía que aquí se examina de San Juan de la Cruz, exigía de parte de su expositor una exegesis especialísima, delicada, erudita, que el Sr. Valentí ha sabido darle; haciendo una obra llena de vida, de interés y de enseñanza, que el que la lea espero que ha de aprender más, sobre todo en algunos lugares obscuros, que si leyere las mismas obras originales del gran extático del Carmelo.

El estudio de las obras de San Juan de la Cruz, no es cosa tan trillada para que dejemos de aprovecharnos del grano puro que el autor de este libro nos ofrece de la doctrina carmelitana en asuntos de la perfección de las almas. La necesidad de dedicarle estas líneas en el momento mismo que han sido pedidas, sin espera ninguna, hace que no adelantemos aquí el arte con que el autor desempeña su noble cometido; pero de todos modos, el público, lo aseguro, encontrará en las páginas de su obra bellezas de piedad cristiana grandemente amenas y edificantes.

Bastará para probarlo expresar las materias que trata. Después de una breve y bien escrita introducción, preséntanos por modo magistral la fisonomía religiosa y literaria de San Juan de la Cruz; enumera los varones ilustres que han competido en elogio del Santo, y de sus escritos, trans-

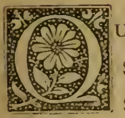
cribiendo sus propias palabras; estudia detenidamente sus obras con criterio sano y diligencia suma, hablándonos, por último, de las ediciones que se han hecho de ellas, acompañadas de diversas y curiosas notas. Y todo esto con tal abundancia de doctrina, una riqueza en los detalles y tanta corrección respecto de la frase, que no puede desearse más.

Importantes trabajos lleva ya publicados el docto escritor D. José Ignacio Valentí; pero en mi concepto, este es el más digno de loa, el que mejor debe recomendarse al público, trabajo, repito, no sólo religioso, sino literario y artístico, cuyo valioso contenido queda indicado en líneas generales.

J. Salamero.



INTRODUCCIÓN



Quien de amante de las glorias religiosas y literarias de la patria española se precie, no podrá menos de celebrar con regocijo esa fecha memorabilísima en los anales de nuestras Letras, el 14 de Diciembre de 1891, en que se cumplieron tres siglos de la muerte del incomparable místico del áureo siglo XVI, San Juan de la Cruz.

Por eso mereció entusiasta loa el acuerdo de solemnizar con un certamen literario fecha tan gloriosa; acuerdo que á los ilustres segovianos honró y enalteció sobremanera, y contribuirá á hacer su nombre grato y altamente simpático, no sólo á la presente generación, sino á cuantas pisen el suelo hispano en las edades futuras.

Segovia posee en su recinto los restos mortales del extático Doctor y clásico poeta SAN JUAN DE LA CRUZ; ¿qué ciudad española, pues, alegará mayores títulos para loar y enaltecer la memoria de tan famoso carmelita?

Y por cierto que no poco sirve para acrecentar su gloria el estar encerrado en tan espléndido y rico marco como la histórica ciudad de Segovia. Pasma y maravilla ciertamente al viajero la vista de tan monumental ciudad con sus antiguos monasterios, sus bellas y venerandas parroquias, sus torres de iglesias y palacios, reflejo del doble carácter religioso y guerrero que ostenta, sus vetustas murallas, y, sobre todo, con el coloso de piedra, el *acueducto*, que desafía firme y recio el embate de los siglos, abasteciendo de agua pura y cristalina á los moradores de la afortunada ciudad; "y hoy, al cabo de diecinueve siglos por lo corto, continúa prestando igual servicio; y el tiempo, que ha borrado casi del suelo español los arcos de triunfo, las aras, los anfiteatros, las estériles pompas de la sociedad pagana, ha convenido con los hombres en respetar la decana de sus más útiles al par que magníficas empresas, no para exhibirla como antigualla

caduca y venerable, sino para mantenerla en actividad perenne y perpetuar de generación en generación sus beneficios„ [1]. ¿Quién no ha contemplado con plácido deleite la amenidad de los campos segovianos, la frondosidad de las alamedas y la perspectiva de la nevada sierra, en que derrama rosados y suaves tintes el sol poniente? "A trechos melancólica—dice el eminente Quadrado,—á trechos risueña, grave y apacible á un mismo tiempo, reune (Segovia) la grandeza de sus vestigios y memorias con la quietud y sencillez de las poblaciones campestres„ [2]. Diego de Colmenares, su historiador clásico, al referir la visita que á la ciudad del Eresma hizo la Reina Doña Ana de Austria, dice que "diversas veces se asomó á verla por su vistosa disposición sobre la eminencia de un peñasco y en forma de una galera: por proa la punta del peñasco sobre que está el Alcázar, en cuyo profundo pie se juntan los ríos Eresma y Clamores; por árbol mayor la torre de su templo catedral, la más alta y vistosa que hay en España, y otras muchas de templos y palacios que la adornan; por popa, la vuelta que hace desde la puerta de San Martín á la de San Juan, teniendo como á jorro,

por esta parte oriental, el arrabal mayor con muchas parroquias y conventos, y más de tres mil casas, sobre que se muestra la celebrada puente„ [3].

Y un ilustre prócer, que ama con entrañable afecto á Segovia, cual si fuera su misma patria, el Marqués del Arco, la concibe "sentada cabe el acueducto y reclinando en el templo mayor su cabeza, indiferente á las glorias que pasan y atenta sólo á las que permanecen, digna en su infortunio, resignada en su pobreza, sin esperar ya nada de los Reyes, cuya mansión ha perdido, y sin prometerse ya otro monumento después de la suntuosa basílica que levantó con sus limosnas„ [4].

Al pie, pues, de una cóncava peña, junto al histórico santuario de la Fuencisla, aparece el convento de Carmelitas descalzos, donde se guarda el mayor tesoro de la Orden, el cuerpo de San Juan de la Cruz. Apenas instalada por el año de 1586 en aquel sitio, que habían dejado vacante los trinitarios, la naciente reforma del Carmen, protegida por Doña Ana de Mercado y Peñalosa, la cual, viuda del ilustre segoviano D. Juan de Guevara y testamentaria suya, vivía en Granada en compañía del Licen-

ciado D. Luis de Mercado, su hermano, oidor entonces de aquella Cancillería; apenas, digo, instalada la descalcez carmelitana, vino á regir la casa el insigne reformador desde 1587 hasta 1591, en que salió para el capítulo de la Orden en Madrid, marchando al convento de la Peñuela, dejando de existir en Úbeda, á 14 de Diciembre del propio año. Dieciséis meses después fueron devueltos á Segovia sus inmortales despojos, y siguieron las vicisitudes del edificio, pasando en 1606 de la primitiva á la nueva iglesia, y en 1693, beatificado ya desde 1667, fué colocado en una urna de ébano y plata, revestida de otra de mármol, la cual se conserva en la espaciosa capilla dedicada al Santo, consagrado en 28 de Octubre de 1767 por el Obispo D. Juan José Martínez Escalzo. Allí tuvo la dicha de prosternarse el autor de estas líneas, aspirando con delicia el místico perfume que se exhala en aquel ámbito; allí se regaló dulcemente contemplando el sarcófago que guarda las cenizas del inmortal escritor, gloria perdurable de la mística. — ¿Por qué no decirlo? Desde entonces ardía en deseos de consagrar un día mi pobre talento á enaltecer al que guarda como rico tesoro la preclara Segovia,

lamentando sólo que á aquéllos no correspondieran las fuerzas del ingenio, que muy agudo y perspicaz se necesita para estudiar la fisonomía moral y literaria del insigne hablista castellano.

Esos deseos se avivaron en mi pecho, á medida que se aproximaba la fiesta del Centenario, en términos que hube de resolverme á tomar la pluma y decir algo en loor del bienaventurado escritor.

En medio, empero, de tanta pompa, majestad y espontáneo sentimiento, decía: ¿me atreveré yo á mendigar un puesto de honor, desprovisto de todo arreo y gentileza? Entre tan lucidos cortejantes, ¿no será loco mi empeño en abrir el labio? Con música tan concertada y harmoniosa, ¿no desafinará el acento mío? Aun á riesgo de que así sucediera, previo el estudio de los escritos del incomparable Carmelita, intenté luego hacer el EXAMEN CRÍTICO DE LAS OBRAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ, BAJO EL CONCEPTO RELIGIOSO Y LITERARIO; estudio que ahora doy á luz, sujetándome estrictamente al siguiente plan:

1.° Esbozaré, como mejor sepa, la fisonomía moral y literaria de San Juan de la Cruz.

2.º Haré desfilar ante él, en lucido cortejo, á sabios y virtuosos varones que compitieron en el elogio de su persona y de sus escritos; y

3.º Estudiaré detenidamente sus obras, y analizaré sus primores y bellezas, bajo el punto de vista religioso y literario.

Seré breve en el desenvolvimiento de las dos primeras partes, con el objeto de dedicar toda mi atención á la tercera, punto culminante de mi estudio.



I

Fisonomía moral y literaria de San Juan de la Cruz.

La clara antorcha de la fe iluminó en nuestro áureo siglo XVI toda la vasta y múltiple esfera de la actividad española. Por ella se guiaron nuestros insignes capitanes y denodados marinos; en ella se inspiraron nuestros artistas y poetas en sus creaciones más gallardas, y aquella falange de escritores preclaros en las diversas especialidades científicas y literarias, y á ella ajustaron su proceder los invictos monarcas bajo cuyo cetro no se ocultaba el sol en los dominios de la patria. Entonces los Reyes Católicos llevaron á cabo la reconquista de nuestro suelo, expulsaron á los judíos, fomentaron la riqueza

pública, protegieron con mano larga á los literatos y artistas y mantuvieron el reino en toda su pujanza y esplendor; Felipe II hacía grande el nombre español en todo pueblo y región, mar y continente; se levantaba el Escorial y se imprímian las dos Políglotas; nuestros teólogos se sentaban con legítima nombradía entre los Padres venerables de la Asamblea tridentina, y nuestros doctores ocupaban las cátedras de las Universidades más célebres de Europa; entonces surgió esa pléyade de humanistas, filólogos, juristas y teólógos cuyos nombres decoran y esmaltan nuestra historia literaria; entonces fué cuando la Teología, esa reina del saber, despidió á torrentes su esplendor, tachonando el suelo patrio de brillantes luceros, como Vitoria, Melchor Cano, Láinez, Salmerón, Suárez, y de soles tan clarísimos como Santa Teresa y San Juan de la Cruz, los primeros teólogos místicos del mundo.

Seguramente que el humilde hijo de Fontiveros, aldea reducida de Castilla la Vieja, en el Obispado de Ávila, no fué un gran monarca, conquistador ó guerrero, sembrando de despojos su camino; ni un hábil diplomático, que con

su táctica resolvió y dió curso á intrincados asuntos de gobierno; ni un alcurniado prócer, heredero de escudos y blasones legados por cien abuelos; ni un eminente erudito que se comiera el polvo de archivos y bibliotecas, registrando afanoso libros y manuscritos. Nada de eso fué San Juan de la Cruz; fué un hombre dechado de toda perfección moral y espiritual, consagrado á la santificación propia y ajena, valiéndose para ello de dos medios poderosísimos: la Reforma del Carmelo y la composición de sus obras. El hijo de Gonzalo de Yepes y de Catalina Álvarez, el huérfano de Fontiveros, el pobre enfermero del hospital de Medina, el primer Carmelita descalzo de la Reforma, el compañero y amigo del alma de Santa Teresa, el asceta penitente de Duruelo, el apóstol y misionero de los pueblos, el religioso ejemplar, prodigio de todas las austeridades y heroísmos; tal es el benditísimo varón que, después de tres siglos, atrae y hechiza, embelesa y arrebata con los soberanos encantos de su fisonomía moral y literaria.

Esas tres aristocracias, la de la sangre, del talento y de la fortuna, que el mundo tanto pregona y admira, ¿cuál de ellas, *por sí sola,*

logró jamás apoderarse del corazón del hombre y hacerle rendir el tributo de su veneración y estima? Sólo la belleza moral posee este mágico hechizo é irresistible encanto. Ante la alcurnia, el oro y el saber, se extasían y desvanecen los hombres; sólo ante la virtud se rinde el homenaje completo del corazón. Los nobles, los ricos y los sabios, no aman, por lo general, sino á sí mismos; imagínanse que á sí propios todo se les debe; ¿cómo, pues, han de ganar voluntades la mayor parte; cómo han de ganar voluntades y robar corazones esos seres á menudo ingratos, semejantes á las arenas del desierto, que tragan codiciosas las aguas del cielo, sin ornarse jamás de flores y verdura? El mundo conserva, á pesar de sus derroches, el caudal de sentido práctico con que Dios en la ley natural, y Cristo en la positiva, le dotaron y enriquecieron; desdeña y olvida la memoria de aquéllos, y colma de bendiciones y recuerda con amoroso frenesí á los que, á ejemplo del Divino Maestro, pasearon, como San Juan de la Cruz, la escena del tiempo haciendo bien á sus semejantes. ¿Qué mucho, pues, rinda el pueblo español el tributo entusiasta de su admiración y cariño á esa gloria nacional que lla-

mamos San Juan de la Cruz, en el tercer centenario de su felicísima muerte? ¿Qué mucho que la histórica Segovia trabaje y se afane por sublimar y engrandecer tan preciosa memoria?

¡Y cómo suspende y arroba el alma la fisonomía espirital de San Juan de la Cruz! Conocer á Dios y conocerse á sí; en esos dos puntos, cifra de la sabiduría cristiana, hacía estribar el tema de sus estudios y meditaciones. ¿Qué le importaban al piadoso y recogido varón todo otro saber y ocupación? Vivía en el mundo, y extraño era á cuanto en él acontecía. Impasible miraba las revoluciones de los imperios, la ruptura de cetros, el hundimiento de nacionalidades, el batallar de gentes y pueblos, el trasiego de los negocios, las invenciones de los sabios, el discutir de las Academias y el vocear de la plebe; con inalterada faz contemplaba los bienes del rico, los blasones del magnate, las luces del sabio, los lauros del artista, los lucros del negociante, los caudales del banquero, los medros del político; con beatífica calma observaba las altiveces del soberbio, los goces del sensual, las delicias del goloso, los regalos del sibarita y el bullir de los cazadores de honras y placeres; todo eso veía y contem-

plaba San Juan de la Cruz, pero era sólo para aborrecerlo y despreciarlo.

Sólo dos amores señoreaban el espíritu de San Juan de la Cruz: *Padecer por Dios* y *ser menospreciado por Él*, como el mismo así respondió al Señor en Segovia, al preguntarle Su Majestad: *¿Qué premio quieres por lo que por mí has hecho y padecido?* “ ¡Oh funesta y „ rara petición! — exclama un ilustre biógrafo „ del Santo. — ¿Quién oyó jamás á tal ofreci- „ miento y promesa semejante petición? Pide „ Moisés ver la clara faz de Dios. La Samari- „ tana, el agua de vida eterna. Felipe, que le „ muestre al Padre. Las primeras sillas, Juan y „ Diego. Pedro, la gloria del Tabor. Pablo, ser „ libre de un molesto espíritu. El Angélico „ Tomás, al mismo Señor. Y nuestra gloriosa „ Madre Santa Teresa, morir ó padecer; pero „ nuestro Santo Padre, con singular y valeroso „ espíritu, ni pide gloria, ni busca descanso, „ ni admite opción de trabajo ó muerte, sino „ que resueltamente pide trabajos y desprecios, „ y esto por premio de trabajos y desprecios [1].„

¡Qué humildad! ¡Qué abnegación! De ahí es que ni la alabanza le lisonjea, ni la honra le envanece, ni la adversidad le abate, ni el des-

precio le irrita, ni el trabajo le cansa, ni la contradicción le perturba, ni el desaire le inquieta, ni el desvío le molesta, ni el cansancio le rinde, ni el bochorno le desconcierta. La única aspiración de su vida era *pati et comtemni*, padecer y ser despreciado por Cristo.

*
* *

¿Qué extraño, pues, que un autor tan desligado por completo de la materia y de los lazos del cuerpo se remontara á las más encumbradas alturas de la Teología mística?

Cierto es que en la escuela de la oración bebió á torrentes la ciencia del espíritu y adquirió aquel tacto y singular discernimiento de las almas; cierto es que á sus amorosas y entretenidas pláticas con Dios se hizo sapientísimo para escudriñar y ahondar en los senos más recónditos del corazón, y para matizar y colorear con lumbres divinas la palabra siempre tosca del hombre viador; cierto es que tal

don procede de Dios y no pende de las mañas y fuerzas humanas; pero no por eso San Juan dejó de cultivar el campo de las letras, si bien holgaba más de espaciarse en el vergel divino de la oración.

Protegido por D. Alonso Álvarez de Toledo estudió la Gramática y la Retórica, y aprendiólas aventajadamente. Oyó después el curso de Artes, y con no menos ventaja lo aprendió, penetrando lo más sutil y dificultoso de la Filosofía y Metafísica. "Comenzó — dice el bió„ grafo carmelita Fr. Jerónimo de San José — „ comenzó ya desde entonces á sacar provecho „ de su estudio, valiéndose del conocimiento „ de estas ciencias para el de Dios y de sí „ mismo, que es el fin más legítimo y propio „ del saber. La parte de filosofía que declara „ la naturaleza y propiedad del alma estudió „ con particular cuidado, procurando entender „ bien sus oficios y efectos en el cuerpo, las „ potencias, órganos y sentidos por cuyo minis„ terio obra, el modo que tiene de entender en „ este destierro, con dependencia de las formas „ ó semejanzas sensibles, que la filosofía en las „ escuelas llama fantasmas; cómo pueden éstas, „ siendo materiales, producir otras más nobles

„ y de naturaleza espiritual; cómo el entendi-„ miento concibe unas obscuras y pare otras „ claras, formando en el acto de entender una „ viva imagen del objeto y cosa entendida. Estas „ y otras semejantes sutilezas filosóficas procu-„ raba Juan penetrar, llevado, más que del „ gusto, de la ayuda que llevaba en su conoci-„ miento para entender más fácilmente el trato „ de oración y contemplación, á que él era muy „ aficionado, y cuyo magisterio pende tanto de „ esta inteligencia. De ella se aprovechó des-„ pués mucho para la doctrina de cosas místi-„ cas, como se manifiesta en sus admirables „ escritos, donde, ajustado al rigor de las „ verdades filosóficas, declara con gran pro-„ piedad lo más interior del alma y el deli-„ cado modo que ella tiene de obrar en la ora-ción [2]. „

Parece imposible, y sólo recurriendo al amor intensísimo que San Juan de la Cruz profesaba á Dios, parece imposible que aquella vida tan erizada de abrojos y malezas, es decir, sembrada de sinsabores y angustias, aquel traje tan tosco y miserable, aquel desapiadado rigor con que maltrataba su cuerpo, tornado en siervo fidelísimo del alma, produjesen concep-

tos tan amorosos y delicados, imágenes tan risueñas y lozanas, frases tan fluidas, regaladas y harmoniosas, como las que esmaltan y decoran todas las páginas de los libros del extático Doctor, y que bien escogidas formarían un ramillete de odoríferas flores, *substractum* precioso de la ciencia mística. ¡Cómo se conocería entonces que, al par que creció en alteza y dignidad disciplina tan encumbrada, adquirió el habla castellana un rico caudal de giros, modismos y frases nuevos, exhaló más delicados perfumes y ostentó colores más finos, brillantes y hermosos!

En unión con el V. Mtro P. Juan de Ávila, es San Juan de la Cruz el creador de ese lenguaje místico, sin rival en nación alguna del mundo, propio, fluido, castizo, elegante, grave y espléndido, que pulió y sublimó con los acentos de su grandilocuente y avasalladora palabra el inmortal Fr. Luis de Granada.

"Ni con las ideas platónicas, ni con los aná-
„ lisis psicológicos, ni con las intuiciones
„ metafísicas se explican en su integridad las
„ *Moradas* ni la *Subida del monte Carmelo.*
„ No basta en modo alguno haber leído las
„ *Enéadas,* ni saberse de memoria el *Simposio*,

„ para lograr aquella alta comtemplación de la „ cual San Juan de la Cruz cantaba:

" Y si lo queréis oir,
Consiste esta suma ciencia
En un subido sentir
De la divinal Esencia:
Es obra de su clemencia
Hacer quedar no entendiendo
Toda ciencia trascendiendo. „

"Esta ontología trascendental es todavía „ ciencia; pero ciencia misteriosa y arcana, que „ el mismo Santo (en la *Noche obscura del* „ *alma*) llama "contemplación infusa ó mís- „ tica Teología, en que de secreto enseña Dios „ al alma y le instruye en perfección de amor, „ sin ella hacer nada más que atender amoro- „ samente á Dios, oirle y recibir su luz, sin en- „ tender cómo es esta contemplación infusa„ [3] .

San Juan de la Cruz es el más original, elevado y profundo de los místicos. Su lenguaje no parece ya de la tierra; tiene algo de sobrehumano y misterioso. En general no emplea el método discursivo, propio del mortal en su condición terrestre, sino que emprende luego el vuelo rápido hacia las regiones do mora la verdad y belleza absolutas, y entonces parece

uno de los querubines ó serafines que pasean la celestial esfera y se recrean y extasían en los esplendores de la visión beatífica. Así es que la sequedad y aridez de conceptos del orden metafísico puro, las frecuentes sutilezas del teológico más encumbrado é inaccesible al sentido, y las abstrusas especulaciones del ontológico más severamente tal, son, más bien que defectos y lunares, cualidades propias é inseparables del modo de ser y escribir de San Juan de la Cruz, autor muy difícil de apreciar por los críticos profanos y por casquivanos y frívolos lectores.

Anegado en delectaciones suavísimas su espíritu, por la íntima familiaridad y privanza con el celestial Esposo, rompe ¿quién lo extraña? en frases en que la gracia divina, más bien que su pericia en el manejo de la lengua, le presta un estilo original, fogoso y arrebatado, con que declara cosas tan altas é impenetrables, que pasman y maravillan al leyente. "Por esto no es extraño—dice un sesudo crítico—que se aparte de cuando en cuando de las reglas comunes del estilo, que caiga en redundancia, que peque de difuso, que parezca velado de cierta obscuridad, que apostrofe muy uniforme-

mente, que no sea proporcionado en todas sus cláusulas, que cometa repeticiones demasiado frecuentes, que á veces se aparte de la corrección gramatical y que no siempre cumpla con las leyes del número oratorio. Mas algunos de estos defectos casi no podían evitarse escribiendo de materias tan altas y tan superiores, no sólo á toda expresión humana, sino también á toda inteligencia; y aun algunos de ellos, tales como una obscuridad moderada y cierta incoherencia en el significado de los vocablos, engendran un género de belleza muy acomodado á esa elocuencia espiritual, y le comunican cierto sabor poético y resplandor „ [4].

La doctrina del privilegiado escritor carmelita consiste en proclamar que en la unión con Dios, aun en esta vida, está la perfección, pero que es preciso que el alma purifique sus potencias sensitivas é intelectuales, reprima y señoree todos sus afectos; y al explicar en qué consiste esa unión, no hallando términos propios en el lenguaje del hombre, acude á las metáforas y parafrasea y comenta con gallardía suma los más sublimes conceptos del *Cantar de los Cantares*.

“Y así como escribía el Santo de una mate-

ria tan remontada y tan espiritual — dice con su habitual maestría el insigne Capmany — donde es más fácil saberla sentir que saberla decir, porque es maestra, no la lengua, sino la gracia, y la experiencia propia sobrepuja á la doctrina, no es de admirar no haya sabido poner límite ni tasa, orden ni modo en los términos para declarar cosa tan superior, tan sin término y tan inefable, que no puede comunicarse á los lectores por las reglas ordinarias del estilo, sin trascender los vocablos y frases comunes. Así muy á menudo se leen palabras que, tomándolas en su general y primitivo sentido, tienen diferente significación en la mística teología, y las más veces contrario cuando la alteza de las cosas divinas por su incomprensibilidad traspasa lo más elevado del lenguaje humano. De esta incomprensibilidad procede la necesidad de socorrerse el autor místico con todas las frases y términos, sin mirar en la redundancia y difusa manera de locución, lo que manifiesta que no hay una sola palabra, ni modo de decir preciso, que llene la inefable infinidad de cosas tan sublimes, sagradas y secretas, que tocan en experiencia del contemplativo más que en especulación del escritor,

y más en deleite y sabor divino que en humano saber.

„ De aquí viene — añade — la extraordinaria y obscura expresión que se advierte en estos tratados; porque la teología mística, más que alguna otra facultad, tiene licencia, no de forjar términos nuevos, ni de violar las leyes gramaticales del lenguaje humano, mas sí de darles distinta aplicación, y de vestir las frases con nueva y extraña librea; es decir, usando de elocuencia poéticamente espiritual, que forma una prosa resplandeciente y sublime „ [5].

" En esa misteriosa obscuridad — dice un docto cuanto fervoroso hijo del Carmelo — se halla uno de los mayores méritos por los cuales aprecia la sana literatura las obras de nuestro clásico. Gracioso fuera — añade con singular tino y discreción — que la mística teología, ciencia la más sublime y comparada por el Santo á una *noche obscura*, se amoldara en su lenguaje al que la novela ó la historia emplean en sus descripciones ó narraciones. La literatura mística requiere terminología propia, así como las Matemáticas tienen nomenclatura propia y distinta de la que la Jurisprudencia ó la Moral emplean „ [6].

Creo firmemente que el lenguaje y el estilo de San Juan de la Cruz se resiste al análisis; no hay en nuestra literatura clásica, cuan preciosa y nutrida es, con quien compararle.





II

Elogios tributados á San Juan de la Cruz por varones insignes en letras y santidad.

El ilustre fraile del Carmen Fr. Jerónimo de San José, autor del celebrado libro *El genio de la Historia*, fué el primero de los panegiristas de nuestro Santo en el *Compendio* que escribió de su vida [1].

Expresivo es también el elogio de un anónimo autor. "Escribió—dice—este ilustradísimo Doctor y Padre nuestro, para enseñamiento de almas dadas á la oración, no sin particular inspiración del cielo..... Y aunque en la alteza de su doctrina y estilo superior de ellas se manifiesta bien haberlas escrito á la luz de más que humana inteligencia, tampoco de la sólo humana le faltó para escribir noticia superior,

adquirida, así en la escuela de la experiencia como en la de las letras y lección sagrada, sutileza escolástica, penetración mística, comprensión moral y todo género de ciencia propia de los Santos, de que estaba felizmente informado su ingenio. Prevenido con esta riqueza de sabiduría divina y humana, cuando escribió estos libros, sin revolver otro alguno, más que sencillamente el texto sagrado, y acudir á la interior aula de la oración (de que son sus compañeros fieles testigos), trasladaba al papel los sentimientos y dictámenes aprendidos en ella. Y así pudo, sin hojear de nuevo volúmenes y escritos varios, instilar y como exprimir en los suyos la doctrina de espíritu más pura, sana y sólida que se halla en los Doctores y Padres de la Iglesia, de cuyas flores, como abeja solícita, había cogido el celestial rocío con que después fabricó su sabrosísimo panal „ [2].

Para no ser prolijos, omitimos los elogios de personas tan graves como el Rdo. P. Fray Juan Evangelista, el cronista D. Tomás Tamayo de Vargas, el Rdo. P. Mtro. Fr. Juan de Vicuña, el Rdo. P. Fr. Juan Ponce de León, el Rdo. P. Fr. Tomás Daoiz, el Rdo. P. Fr. Diego

del Campo, el Dr. D. Francisco Miravete, la insigne Universidad de Alcalá, el Ilmo. Sr. Don Francisco de Contreras, el Obispo de Urgel Fr. Antonio Pérez, el Arzobispo de Santiago D. Fr. Agustín Antolínez, los Emmos. Señores Cardenales Torres y Deti y el doctísimo Fray Juan Bautista de Lezana. — Con muchísimo gusto trazaría una levísima noticia biográfica de estos varones egregios, por su saber y sus virtudes, que encarecieron con subidísimas expresiones los escritos de San Juan de la Cruz; pero el asunto es prolijo, y fuerza es prescindir de lo accesorio para atender á lo principal.

El Serafín del Carmelo, Santa Teresa de Jesús, escribiendo á la Venerable Ana de Jesús, Priora del Convento de Carmelitas descalzas de Veas, dice: "En gracia me ha caído, hija, cuán sin razón se queja, pues tiene allá á mi Padre Fr. Juan de la Cruz, que es un hombre celestial y divino. Pues yo le digo, mi hija, después que se fué allá no he hallado en toda Castilla otro como él, ni que tanto afervore en el camino del cielo. No creerá la soledad que me causa su falta; miren que es un gran tesoro el que tienen allá en ese Santo; y todas las de esa casa traten y comuniquen sus

almas, y verán cuán aprovechadas están, y se hallarán muy adelante en todo lo que es espíritu y perfección, porque le ha dado el Señor para todo esto particular gracia [3].„

También solía decir la Santa "que el Padre Fr. Juan de la Cruz era una de las almas más puras y santas que Dios tenía en su Iglesia, y que le había infundido Nuestro Señor grandes tesoros de luz y de sabiduría del cielo.„

Y nuestra Santa Madre la Iglesia, en el Oficio del Santo Padre: "Fué poderoso en obras y palabras. Escribió libros de mística teología, y á juicio de todos verdaderamente admirables.„ *Libros de mystica Teologia coelesti sapientia refertos conscripsit, admirabiles plane omnium judicio.*

El águila de Meaux, el gran Bossuet, no concedía menos autoridad á San Juan de la Cruz en la mística, que á Santo Tomás y á los antiguos Padres en la teología escolástica [4]. Y San Francisco de Sales y San Alfonso María de Ligorio se alimentaban y nutrían con las obras del Doctor Extático, y la savia de éstas hacían penetrar en las suyas inmortales. Las obras de tan incomparable místico leía con avidez el Papa Alejandro VII. Fr. Luis de León

se regalaba con el néctar de tan sabrosa doctrina, y la vertía en sus imitaciones parafrásticas del Salterio. Garcilaso y Herrera se arrebataban en la lectura de aquellos conceptos divinos, y en general puede decirse que todos los líricos españoles, á contar desde la centuria dorada, han puesto en las nubes al sublime cantor de los místicos epitalamios.

¿Quién no ha leído con interés siempre creciente el libro de oro que, en loor de San Juan de la Cruz, escribió el notable publicista y orador sagrado Dr. D. Manuel Muñoz y Gárnica? ¿Quién no simpatiza con tan entusiasta y devotísimo panegirista del Doctor Extático? De cuantos laureles recogió el sabio Lectoral de Jaén en su laboriosa y aprovechada existencia, ningunos son tan lozanos y espléndidos como los que sus sienes ciñeron con motivo del *Ensayo histórico* sobre San Juan de la Cruz [5].

El doctísimo maestro Milá y Fontanals, aludiendo al conjunto de las obras de San Juan de la Cruz, dice que usa de un estilo especial y que desdeña la coordinación oratoria, pero lleno de misterio, de fuego y de sublimidad [6].

"En San Juan de la Cruz — dice un escritor

sagrado que no recuerdo cuál es, aunque sospecho sea el mismo Lectoral de Jaén en su trabajo *Varones apostólicos de Andalucía,* inserto en la *Revista Católica* que hace años se publicaba en Madrid — en San Juan de la Cruz brilló la austeridad de los Profetas, la desnudez de los Apóstoles, el fervor y pureza de Elías, la penitencia y soledad de Pablo, la contemplación de Antonio, la santidad de Benito, el amor á la Cruz y al padecer de Francisco, y la celestial y mística sabiduría de Dionisio Areopagita, porque en todas estas virtudes resplandeció admirablemente este santísimo varón, ayudando á la portentosa Madre y Virgen Santa Teresa de Jesús á levantar con sus hombros la esclarecida reforma de los Carmelitas descalzos, para gloria de Dios y edificación de la Iglesia.„





III

Análisis de las obras de San Juan de la Cruz, bajo el concepto religioso y literario.

Hay una poesía — ha dicho Menéndez Pelayo, comparándola á la de Fray Luis de León — más angélica, celestial y divina, que ya no parece de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios, y eso que es más ardiente de pasión que ninguna poesía profana, y tan elegante y exquisita en la forma, y tan plástica y figurativa como los más sabrosos frutos del Renacimiento. Son las *Canciones espirituales de San Juan de la Cruz*, la *Subida del monte Carmelo*, la *Noche obscura del alma*. Confieso que me infunden religioso terror al tocarlas. Por allí ha pasado

el espíritu de Dios, hermoseándolo y santificándolo todo:

«Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura;
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.»

„Juzgar tales arrobamientos, no ya con el criterio mezquino de los rebuscadores de ápices, sino con la admiración respetuosa con que analizamos una oda de Píndaro ó de Horacio, parece irreverencia y profanación„ [1].

Ante la clara aseveración de tan portentoso crítico, deseos me vienen de soltar la pluma, pues hay excelencias y primores que sólo dignamente se elogian con el silencio. Pero fuerza es decir algo para cumplir lo prometido y satisfacer el ansia de mis lectores.

SUBIDA DEL MONTE CARMELO

Tal es la primera obra que me toca examinar bajo el punto de vista religioso y literario.

Empieza con una canción bellísima, en que el

alma celebra la ventura que tuvo en pasar por la *noche obscura* de la fe en desnudez y purgación suya á la unión del Amado.

„ En una noche obscura
Con ansias en amores inflamada
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada
Estando ya mi casa sosegada. „

Entiende aquí el autor por *noche obscura* la privación y purgación de todos los apetitos sensitivos del alma, el alejamiento de las cosas exteriores y de los placeres de la carne, y la renuncia de la propia voluntad. Todo lo cual realiza esa purgación del sentido. Señala tres causas para calificar de *noche* este tránsito que hace el alma para unirse con Dios. La primera es por parte del término de donde el alma sale, porque ha de ir careciendo de todos los gustos y apetitos del mundo. La segunda, por parte del camino que ha de andar, que es la Fe, la cual es obscura para el entendimiento como noche. La tercera, de parte del término adonde va, que es Dios, el cual, como Sér infinitamente incomprensible para las luces de la razón, es seguramente noche para el alma, mientras mora en esta vida.

Estas tres *noches* pueden reducirse á una, dividida en tres partes. Compárase la primera á la *prima noche*, que es cuando se acaba de carecer del objeto de las cosas, ó sea de lo que cae bajo la jurisdicción de los sentidos. De esa *noche* trata el autor en el primer libro.

Compárase la segunda á la *media noche*, que es absolutamente obscura, como la Fe lo es.

Y la tercera al despedimiento, que es Dios, parte de la noche ya inmediata á la luz del día.

Trata luego con maestría filosófica de la primera causa de esta noche, ó sea la privación del apetito en todas las cosas (cap. III); encarece la necesidad de pasar el alma por esa noche obscura del sentido, que es la mortificación del apetito, para caminar á la unión con Dios (cap. IV), y corrobora y afianza su aserto, ó sea, la referida necesidad, valiéndose de autoridades y figuras de las Sagradas Letras. (Cap. V.)

Huelga decir que me ceñiré en este examen á analizar las frases y sentencias más dignas de estudio por su carácter altamente doctrinal, lleno de savia religiosa, y por las gallardías y primores de la frase, siguiendo siempre el

orden más riguroso en la exposición y crítica de tan áurea doctrina.

¿Por qué se quedará á obscuras el alma privándose del gusto y hartura de sus apetitos? "Porque así como la potencia visiva se ceba mediante la luz, y apacienta en los objetos que se pueden ver, y apagada la luz cesa esto, así el alma, mediante el apetito, se apacienta y ceba de todas las cosas que según sus potencias se pueden gustar; el cual mortificado..... se queda el alma á obscuras y sin nada„, resultando "un vacío en ella de todas las cosas.„ "Y llamamos á esta desnudez noche para el alma, porque no tratamos aquí del carecer de las cosas, que eso no desnuda al alma, si tiene apetito de ellas, sino de la desnudez del apetito y gusto de ellas, que es lo que deja al alma libre y vacía, aunque las tenga; porque no ocupan al alma las cosas de este mundo ni la dañan, pues no entran en ella, sino la voluntad y apetito de ellas, que moran en ella.„ (Cap. III.)

Al alma le conviene muchísimo salir de su casa en esta noche obscura del sentido para unirse con Dios, "porque todas las aficiones que tiene en las criaturas son delante de Dios como puras tinieblas, de las cuales estando el

alma vestida no tiene capacidad para ser ilustrada y poseída en la pura y sencilla luz de Dios, si primero no las desecha de sí, pues no puede convenir la luz con las tinieblas.„ Y lo prueba todavía con más firmeza y delicadeza de criterio filosófico, diciendo: "La afición y asimiento que el alma tiene á la criatura iguala á la misma alma con la criatura; y cuanto mayor es la afición, tánto más la iguala y hace semejante; porque el amor hace semejanza entre lo que ama y lo que es amado. „ Y más discreto todavía, añade que "el amor, no sólo iguala, más aún, sujeta al amante á lo que ama. Y de aquí es que por el mismo caso que el alma ama algo fuera de de Dios, se hace incapaz de la pura union de Dios y de su transformación. Porque mucho menos es capaz la bajeza de la criatura de la alteza del Criador, que las tinieblas de la luz.„ (Cap. IV.)

Declara con altísimo saber teológico y filosófico los daños principales que los apetitos causan al alma: el uno privándola del Espíritu de Dios, y el otro cansándola, atormentándola, obscureciéndola, ensuciándola y enflaqueciéndola. Alega primero el testimonio del Sagrado Texto, y luego lo comenta á maravilla, con

una precisión y soltura en la frase, que enamora y embelesa.

En cuanto al daño privativo, comentando aquel celebrado y traído texto de Jeremías: "*Duo enim mala fecit populus meus*..... etcétera (II, 13), dos males hizo mi pueblo: dejáronme á mí, que soy fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas rotas, que no pueden contener el agua," así se expresa: "(Estos) dos males en un acto de apetito se causan. Porque claro está que por el mismo caso que el alma se aficiona á una cosa que cae debajo de nombre de criatura, cuanto aquel apetito tiene de más entidad en el alma, tanto ella tiene menos de capacidad para Dios. Pues no pueden caber dos contrarios en un sujeto; y afición de Dios y afición de criatura contrarios son, y así no caben en uno. Porque ¿qué tiene que ver criatura con Criador? sensual con espiritual? visible con invisible? temporal con eterno? manjar celestial, puro, espiritual, con el manjar del sentido, puro, sensible? desnudez de Cristo con asimiento á alguna cosa?"

Y glosando él otros de San Mateo: *No es cosa conveniente tomar el pan de los hijos y darlo á los perros;* y *no queráis dar lo santo*

á los perros, así se expresa, con frase bellísima, nunca superada: "Es de saber que todas las criaturas son migajas que cayeron de la mesa de Dios. Y así justamente es llamado can el que anda apacentándose en las criaturas, y por eso se les quita el pan de los hijos, pues no se quieren levantar de las migajas de las criaturas á la mesa del Espíritu increado de su Padre. Y por eso justamente, como perros, siempre andan hambreando, porque las migajas más sirven de avivar el apetito que de satisfacer la hambre„.

En cuanto al daño positivo, dice, como queda apuntado, que los apetitos cansan el alma, la atormentan, obscurecen, ensucian y enflaquecen. Primero la *cansan,* "porque son como unos hijuelos inquietos y de mal contento, que siempre están pidiendo á su madre uno y otro y nunca se contentan.....„ "Comunmente — dice — el apetito es como el fuego, que echándole leña crece; y luego que la consume, por fuerza ha de desfallecer. Y aun el apetito es de peor condición en esta parte; porque el fuego, acabándosele la leña, descrece; mas el apetito no descrece en aquello que se aumentó cuando se puso por obra,

aunque se acaba la materia, sino que en lugar de descrecer como el fuego cuando se le acaba la suya, él desfallece en fatiga, porque quedó crecida la hambre y disminuído el manjar.„

Segundo: *atormentan* los apetitos al alma. “De la misma manera que se atormenta y aflige el que desnudo se acuesta sobre espinas y puntas, así se atormenta el alma y aflige cuando se acuesta sobre sus apetitos. Porque á manera de espinas hieren, lastiman, asen y dejan dolor.....„ “El apetito tanto más tormento es para el alma, cuanto él es más intenso. De manera que tanto hay de tormento cuanto hay de apetito; y tantos más tormentos tiene, cuantos más apetitos la poseen.„

La *ciegan* y *obscurecen* en tercer lugar, “porque así como los vapores obscurecen al aire, y no dejan lucir al sol, ó como el espejo tomado del paño no puede recibir en sí serenamente el bulto, ó como en el agua envuelta en cieno no se divisa bien el rostro del que en ella se mira, así el alma que está tomada de los apetitos, según el entendimiento, está entenebrecida y no da lugar para que él, ni el sol de la razón natural, ni de la sabiduría de Dios sobrenatural, la embistan é ilustren de claro.....„

"Poco — dice — le sirven los ojos á la mariposilla, pues que el apetito de la hermosura de la luz la lleva encandilada á la hoguera. Y así podemos decir que el que se ceba del apetito es como pez encandilado, al cual aquella luz antes le sirve de tinieblas para que no vea los daños que los pescadores le aparejan.„ Alega el Doctor Extático otras razones, todas solidísimas y de gran peso, para demostrar la ceguera de la mente esclava del apetito.

Ensucian éstos en cuarto lugar al alma. Comentando el texto del Eclesiástico (XIII, 1): *Qui tetigerit picem, inquinabitur ab ea,* dice San Juan de la Cruz: "Así como el oro ó diamante, si se pusiese caliente sobre la pez, quedaría de ella feo y untado, por cuanto el calor la regaló y trujo, así el alma, en el calor de su apetito que tiene á alguna criatura, saca inmundicia y mancha de él en sí.....„ "Y de la manera que pararían los rasgos de tizne á un rostro muy hermoso y acabado, de esa misma manera afean y ensucian los apetitos desordenados al alma que los tiene, la cual en sí es una hermosísima acabada imagen de Dios.....„ "Tanto, que si hubiésemos de hablar de propósito de la fea y sucia figura que pueden poner los apeti-

tos al alma, no hallaríamos cosa, por llena de telarañas y sabandijas que esté, ni fealdad á que la pudiésemos comparar.„

Finalmente, la *entibian* y *enflaquecen* en la virtud, porque como "la fuerza del apetito se reparte, queda menos fuerte que si estuviera entero en una cosa sola; y cuanto en más cosas se reparte, tanto menos es para cada una de ellas..... Y por tanto está claro que, si el apetito de la voluntad se derrama en otra cosa fuera de la virtud, ha de quedar muy flaco para la virtud. Y así, el alma que tiene la voluntad repartida en menudencias, es como el agua, que teniendo por donde se derramar hacia abajo, no sube arriba, y así no es de provecho.....„ "Los apetitos no mortificados llegan á tanto, que matan al alma en Dios, y sólo lo que en ella vive son ellos, porque ella primero no los mató..... Pero aunque no lleguen á esto, es grande lástima considerar cuál tienen á la pobre alma los apetitos que viven en ella, cuán desgraciada para consigo misma, cuán seca para con los prójimos, y cuán pesada y perezosa para las cosas de Dios. Porque no hay mal humor que tan agravado y pesado ponga á un enfermo para caminar, ni tan lleno de

hastío para comer, cuanto el apetito de criaturas hace al alma pesada y triste para seguir la virtud.„ (Caps. VI, VII, VIII, IX y X.)

Prueba luego San Juan de la Cruz que para llegar á la unión con Dios ha de preceder una circuncisión de todos los apetitos, por pequeños que sean. Ahí se muestra por singular manera el candor y limpieza de San Juan de la Cruz, que no consiente en el alma deseosa de los abrazos divinos la menor sombra ni imperfección, por voluntaria distracción ó negligencia. ¡Y cómo persuade la elocuencia mística del celestial varón! ¡Qué finura y delicadeza de análisis psicológico! Alma tan enamorada de Dios y de su soberana presencia no creo haya existido otra en tierra española. No ya de pecados mortales y veniales, sino de imperfecciones quiere se vea libre el alma, es decir, de aquellas en que tenga asimiento y hábito. "Porque en tanto que le tuviere, excusado es que pueda llegar á la perfección, aunque la cosa sea muy mínima. Porque eso me da que esté una ave asida á un hilo delgado que á un grueso; porque, aunque sea delgado, asida se estará á él en tanto que no le quebrare para volar. Verdad es que el delgado es más fácil

de quebrar; pero por fácil que es, si no lo quiebra, no volará. Y así es el alma que tiene asimiento á alguna cosa, que por más virtudes que tenga, no llegará á la libertad de la Divina unión. Porque apetito y asimiento del alma tiene la propiedad que dicen tiene la rémora con la nave, que con ser un pez muy pequeño, si acierta á pegarse á la nave, la tiene tan queda, que no la deja navegar. Y así es lástima ver algunas almas como ricas naos cargadas de riquezas de obras y ejercicios espirituales, virtudes y mercedes que Dios les hace, y por no tener ánimo para acabar con algún gustillo, asimiento ó afición (que todo es uno) nunca pueden llegar al puesto de la unión perfecta, que no estaba en más que en dar un buen vuelo y acabar de quebrar aquel hilo de asimiento, ó quitar aquella rémora del apetito. Cierto es mucho de sentir que haya Dios hécholes quebrar otros cordeles más gruesos de aficiones de pecados y vanidades; y por no desasirse de una niñería que les dejó Dios que venciesen por amor de Él, que no es más que un hilo, dejen de ir adelante y llegar á tanto bien. Y lo peor es que por aquel asimiento, no sólo no van adelante, sino que en mate-

ria de perfección vuelven atrás, perdiendo algo de lo que con tanto trabajo habían ganado. (Cap. XI.)„

¿Basta, empero, cualquier apetito para causar en el alma los daños referidos, positivo y privativo? Aquí es de notar una vez más la claridad y precisión de tan consumado maestro de la vida espiritual. Si se atiende al privativo, declara que solamente lo causan los apetitos que son de materia de pecado mortal; porque ellos despojan al alma de los bienes de gracia y de los bienes de gloria, propios del orden sobrenatural. Si se atiende al positivo, cada uno de los apetitos por sí solo, los que son de materia de pecado mortal como los voluntarios de materia de pecado venial y de imperfección, cada uno, repito, causan en el alma los cinco daños positivos ya mencionados, en un grado total y consumado cuando el pecado es grave, y de un modo más remiso y parcial si es leve, habiendo siempre el más y el menos, según la tibieza y flojedad que en el alma causan. Pero ¿por qué producirá todo acto de apetito voluntario los cincos daños positivos ya declarados? Nótese la contestación, eminentemente filosófica, discretísima en el fondo y

bellísima en la forma: "Por la contrariedad que derechamente tiene (el apetito referido) con los actos de la virtud que producen en el alma los efectos contrarios. Porque así como un acto de virtud produce y cría en el alma juntamente suavidad, paz y consuelo, luz, limpieza y fortaleza, así un apetito desordenado causa tormento, fatiga y cansancio, ceguera y flaqueza. Las virtudes crecen en el ejercicio de una, y en su manera los vicios crecen en uno, y los efectos de ellos en el alma. Y aunque todos estos males no se echan de ver al tiempo que se cumple el apetito, porque el gusto de él entonces no da lugar, pero después bien se sienten sus malos dejos. Porque el apetito, cuando se ejecuta, es dulce y parece bueno; pero después se siente su amargo efecto, lo cual podrá bien juzgar el que se deja llevar de ellos. Aunque no ignoro que haya algunos ya tan ciegos é insensibles que no lo sienten; porque como no andan en Dios, no echan de ver lo que les impide á Dios.„ (Cap. XII.)

Pone luego algunos avisos para ejercitar al alma en la empresa de vencer sus apetitos; avisos breves, sí, pero muy provechosos y eficaces. Consiste el primero en ajustar nuestra vida

á la de Cristo, procurando serle conformes en todo, y habernos en cada instante como se hubiera Él; el segundo, vaciar el alma de todo gusto sensual, á no ser que ceda en honra y gloria de Dios. Para mortificar las cuatro pasiones naturales, que son Gozo, Esperanza, Temor y Dolor, ofrece eficacísimos remedios, todos loadores de la completa desnudez del espíritu, con que logra él paz, quietud y descanso. (Vid. cap. XIII.)

Declarado ya qué noche sea ésta del sentido, y por qué se llama noche, y apuntados los medios para ejercitarse en ella con fruto, pasa á tratar San Juan de la Cruz de las propiedades y efectos de esta noche, los cuales se comprenden en el segundo verso de la canción:

Con ansia en amores inflamada.

Naturalmente, todas las cosas tienden á encadenar y aprisionar el corazón del hombre. El hombre de sí las ama y se aficiona á ellas, y crece, al compás de los días, en ansia de gozarlas, ansias encendidas, vehementes, *inflamadas*. De ahí es que necesita el alma *inflamarse* en otro mejor amor que supere y aventaje al

que señoreaba su pecho, para vencer todos los apetitos y el gusto sensitivo de las cosas criadas. Y no bastaba un amor cualquiera hacia el Esposo celestial, sino un amor vehementísimo, *inflamado*. (Vid. cap. XIV.)

"¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada."

El corazón del hombre, he dicho, se halla entre cadenas y prisiones; las cosas de la tierra le sujetan y esclavizan á su dulce, al parecer, pero férreo yugo. ¿Quién lamentará lo bastante las penas y angustias de tan mísero cautiverio? Todas las grandes almas supiraron por salir pronto de él y respirar los aires purísimos de la libertad que consigo trae la unión con Dios. Salir, pues, de este encierro, lo reputa por *dichosa ventura* San Juan de la Cruz. *Sin ser notada*, ¿cómo habían de advertir los centinelas, esto es, los apetitos, estando ya sojuzgados y como dormidos en las primeras horas de la *noche obscura? Estando ya mi casa sosegada,* esto es, la parte sensitiva, que es la casa de todos los apetitos, como dice bellamente San Juan de la Cruz. Sólo cuando

el alma se halla en paz se dispone para esa unión con Dios y para gozar los dulcísimos frutos de su amor, en el cual, como dice Fray Luis de León en los *Nombres de Cristo,* " se enciende, se apura, se esclarece, se levanta, se arroba, se anega el alma, el sentido, la carne. „ (Cap. xv.)

LIBRO II

Canción segunda.

" Á obscuras, y segura,
Por la secreta escala disfrazada
¡Oh dichosa ventura!
Á obscuras, y en celada,
Estando ya mi casa sosegada. „

Aquí celebra San Juan de la Cruz el regocijo del alma vencedora, no ya de sus apetitos, sino de los gustos y consolaciones espirituales; vencimiento más insuperable que el otro, porque las delicias de que entonces goza aquélla son superiores á las del sentido, y naturalmente la cautivan y halagan. Por eso le cuesta trabajo al alma desasirse de ellas y vivir sólo asida á la Fe, y subir y remontarse por esa

escala secreta. ¿Puede concebirse frase alegórica más bella y profunda? escala es la Fe, porque en ella nos apoyamos para señorear los vastos dominios del orden sobrenatural. Ella, como dice San Bernardo, "alcanza lo inaccesible; descubre lo ignoto; abraza lo inmenso; toca el último límite de las cosas; y aun á la misma eternidad encierra en su vastísimo seno [2].

Es escala la Fe, pero *secreta,* porque todos sus artículos son impenetrables á la razón humana. Por esa *escala secreta* iba *disfrazada* el alma. ¿Qué disfraz será ese? Lumbre es nuestra razón, ella nos sirve de faro y guía para gobernar nuestra vida y conocer lo que nos rodea. Esa luz es el signo ostensible de nuestra realeza sobre la creación orgánica é inorgánica, por ella somos hombres y vestimos nuestro traje propio y natural; pero á esa lumbre júntase otra, procedente de distinto foco, y por ella guiados y esclarecidos, andamos vestidos con traje extraño á nuestra propia condición y linaje, y de aquí dijo nuestro incomparable Místico *disfrazados*, en lo cual consignó una gran verdad fundamental en nuestra Religión, cual es la elevación del

hombre al orden sobrenatural, y que esa elevación es pura dádiva del Señor, no dignidad y nobleza propia de la criatura.

A obscuras y en celada, porque nada vence y subyuga más al demonio, ángel que su ruina causó la soberbia más refinada, como la humildad, que tórnase luego en fortaleza, de la Fe.—Y *segura* además, porque á quien se deja guiar por la lumbre de ese faro divino, anda con toda firmeza, exento de aprensiones y temores y libre de escollos y naufragios.—*Estando ya mi casa sosegada*, es decir, la parte racional y espiritual. "No dice—advierte San Juan de la Cruz—que salió aquí con ansias, como en la primera noche del sentido. Porque para ir en noche del sentido y desnudarse de lo sensible, eran menester ansias de amor sensible para acabar de salir. Pero para acabar de sosegar la casa del espíritu, sólo se requiere afirmación de las potencias y de todos los gustos y apetitos espirituales en pura Fe. Lo cual hecho, se junta el alma con el Amado en una unión de sencillez y pureza, amor y semejanza.„

Hay que notar con nuestro Místico que es mayor la obscuridad aquí que la primera vez; por eso con gran propiedad usó aquí de la

expresión adverbial *á obscuras*. En la noche, por obscura que sea, siempre se dejan ver matices de luz que sombrean los cuerpos; pero aquí la obscuridad es perfecta, *á obscuras* en plena tiniebla. "En la noche del sentido todavía queda alguna luz, porque queda el entendimiento y razón, que no se ciega. Pero esta noche espiritual, que es la Fe, todo lo priva, así en entendimiento como en sentido.„ (Cap. I.)

Esta noche es más obscura que la primera y que la tercera, por dos razones. La primera, porque la prima noche no está tan remota de la luz como la media noche, que es cuando totalmente cesa la vista del sentido y se consigue la plena lumbre de la Fe. Es más obscura la segunda que la tercera, porque ésta ya confina con la luz del día, esto es, con las ilustraciones sobrenaturales que Dios comunica al alma. La segunda razón, porque la prima noche figura la parte sensitiva del hombre, que es la más exterior, y la media noche pertenece á la parte superior del hombre, que es la racional, más interior y obscura que la otra, porque la alumbra, no la razón, sino la Fe. (Cap. II.)

La Fe es noche obscura para el alma. Admirable es la doctrina que vierte San Juan de la

Cruz. La verdad revelada es lumbre soberana que excede la lumbre propia de la razón. Ante aquélla es fuerza se desvanezca ésta y quede el alma ciega y obscura en la esfera de la razón. La luz solar es superior á toda otra, y las eclipsa á todas, de manera que no parezcan luces, cuando ella luce, y lastima y fatiga el órgano de nuestra vista; lo mismo acontece con la luz de la Fe, que es sobre toda luz natural, y con ser noche obscura y tenebrosa para el alma, la ilumina con resplandores divinos para señorear la vasta región de lo sobrenatural.

De muy buen talante me pararía á examinar todo ese capítulo, que merece grabarse en oro; pero fuerza es adelantar, porque el campo es vasto y falta mucho espacio que recorrer.

"Otras ciencias—dice—con la luz del entendimiento se alcanzan; mas esta de la Fe sin la luz del entendimiento se alcanza, negándola por la Fe; y con la luz propia se pierde.„ Maravillosa manera de discurrir es ésta, y que explica la caída de tantos sabios presumidos y orgullosos, que, á contar principalmente desde el grito de pseudo-reforma dado por el fraile apóstata de Witenberg, quisieron medir con el compás de su pobre y menguada razón los

vastos y anchurosos dominios que preside y señorea el Dios de los poderíos. (Vid. cap. III.)

Declara luego más menudamente en qué consiste esta obscuridad del alma. Todo lo que es análogo y conforme á nuestra naturaleza, será sensitivo ó racional; pues de todo eso se ha de despojar el alma para transformarse sobrenaturalmente; y aun de las mismas riquezas sobrenaturales se ha de considerar como desnuda, asida sólo y amparada del áncora de la Fe. Ésta sobrepuja á todo entender, gustar y sentir; si el alma, pues, no anda ayuna de todo conocimiento, gusto y sentido, será inhábil para gozar de los beneficios amplísimos de la Fe. Ciega torne y á obscuras ande respecto de todo entender, gustar y sentir, así del natural como del sobrenatural, si tan rico tesoro quiere poseer.

"El ciego, — dice el privilegiado escritor, — si no es bien ciego, no se deja bien guiar del mozo de ciego, sino que por un poco que ve, piensa que por cualquier parte es mejor ir, porque no ve otra cosa mejor, y así puede hacer errar al que le guía; porque obra como si viese, y puede mandar más que su mozo. Y así el alma, si estriba en algún saber suyo, gustar ó

sentir, como quiera que todo esto, aunque más sea, sea muy poco y disímil de lo que es Dios, para ir por este camino, fácilmente yerra ó se detiene, por no se quedar bien ciega en Fe, que es su verdadero guía.„ (Cap. IV.)

Aquí parece como que corta el hilo de lo que va tratando, para declarar qué se entiende por unión del alma con Dios. Este Soberano Señor, si bien mora substancialmente en todas las almas, aunque sea en la más pecadora, por esencia, presencia y potencia, como dicen los teólogos, no siempre se comunica á ellas sobrenaturalmente por gracia y amor, unión que solamente se realiza cuando las dos voluntades, la del alma y la de Dios, se identifican y conforman en todo, no habiendo en la una cosa que repugne á la otra. En las que se comunica Dios por esta vía, no en igual grado se comunica, y esto no porque á ello ponga obstáculo, siendo como es Sér infinitamente generoso y difusivo, sino por la mayor ó menor capacidad de la criatura para recibir tales comunicaciones. " Sí, — dice el Doctor Extático, — cuanto una alma está más vestida de criatura y habilidad de ella, según el afecto y hábito, tanto menos disposición tiene para la tal unión.....„

"El alma ha menester desnudarse de estas contrariedades y desemejanzas naturales, para que Dios, que se le está comunicando naturalmente por la naturaleza, se le comunique sobrenaturalmente por gracia.„

Ilustra y esclarece San Juan de la Cruz tan elevada doctrina con escogidas comparaciones que la prestan singular ornato y hermosura, en lo cual luce y reverbera á maravilla el caudal de su profundo ingenio, tan dispuesto para la sutileza y el análisis.

"Está — dice — el rayo del sol dando en una vidriera; si la vidriera tiene algunos velos de manchas ó niebla, no la podrá esclarecer con su luz, ni transformarla totalmente, como si estuviera sencilla y limpia de todas aquellas manchas; antes tanto menos la esclarece, cuanto ella estuviere menos desnuda de aquellos velos y manchas, y no quedará por el rayo, sino por ella; tanto, que si ella estuviere pura y limpia del todo, de tal manera esclarecerá y transformará el rayo, que parezca al mismo rayo, y dará la misma luz; aunque á la verdad todavía la vidriera, aunque se parezca al mismo rayo, tiene su naturaleza distinta del mismo rayo, y podemos decir que aquella vi-

driera es rayo ó luz por participación. Así el alma es como esta vidriera, en la cual siempre está embistiendo, ó por mejor decir, está en ella morando esta divina luz del Sér de Dios por naturaleza..... En dando, pues, lugar el alma..... luego queda esclarecida y transformada en Dios..... (entonces) el alma más parece Dios que alma, y aun es Dios por participación; aunque es verdad que su sér natural tiene tan distinto del mismo Dios como antes, transformada como está, como también la vidriera le tiene distinto del rayo, estando de él clarificada.„ (Cap. v.)

Trata ahora cómo las tres virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad, perfeccionan las tres potencias del alma en esta noche espiritual de la Fe, y cómo en ellas hacen vacío y tiniebla las dichas virtudes: La Fe en el entendimiento, vacío y obscuridad de entender. La Esperanza en la memoria, vacío y olvido de todo lo caduco y perecedero, y recuerdo perenne del sumo bien que espera. Y la Caridad hace en la voluntad vacío y desnudez de todo afecto y gozo de todo lo que no es Dios. Exorna San Juan de la Cruz con reflexiones muy sabiamente traídas, y aderezadas con el ropaje

bíblico que le prestan Isaías y San Lucas; exorna, pule y amplifica esta doctrina (cap. VI); y pasa luego á dictar la manera cómo se realiza ese vacío y purificación de las potencias espirituales para todo lo que no es Dios, y cómo se hace obscuridad en ellas mediante el ejercicio de las tres referidas virtudes, que se adaptan perfectamente á la naturaleza de cada una; mas antes declara cuán angosta sea la senda que guía á la vida, para quitar todo motivo de extrañeza á las personas espirituales de comtemplar el vacío y desnudez en que se han de dejar las potencias del alma. (Capítulo VI.)

Angosta es la puerta y estrecho el camino. Refiérese la puerta angosta á la parte sensitiva del hombre, y el camino estrecho á la racional ó espiritual; de ahí es que para andar por el camino de la perfección, "no sólo ha de entrar (el alma) por la puerta angosta, vaciándola de lo sensitivo, mas también se ha de *desapropiar* (nótese esta palabra, tan bella literariamente, como profundamente pensada), estrechándose y desembarazándose puramente en lo que es parte del espíritu." (Cap. VII.)

Engarzarse debieran en diamantes las letras

todas de este capítulo, en que el Príncipe de nuestros Místicos ensalza y sublima la abnegación y rendimiento del propio querer, aun en las cosas espirituales, y en que convida con dulce y amoroso reclamo á las almas á que se abracen con la cruz de Cristo, única senda que conduce al monte de la perfección. ¡Y cuánto me duele no pararme á coger las mieles de tan sabroso panal, y darlas un poquito á gustar al benévolo lector, para comprender la alteza y sublimidad del espíritu del insigne amador de la Cruz, que con este apellido, trocando por él el suyo propio, quiso ser llamado y conocido en las edades venideras!

Con el sentir de tan incomparable varón se ajusta la doctrina de nuestros grandes místicos y ascéticos del siglo de oro.

Óiganse por muestra las delicadas y melífluas frases del regalado ascético Fr. Juan de los Ángeles: "De la manera que para entrar el Príncipe en la pobre casilla del labrador, el labrador se sale y la desocupa de todas sus alhajas, sin quedar ninguna, ni grande ni pequeña, porque el Príncipe trae consigo el ornato y aderezo dignos de su persona, así, para morar Dios en una alma, quiere que se

desocupe primero del amor de todas las criaturas y de sí misma [3]. „

“Vela,—dice el mismo ascético franciscano,—vela sobre ti, y está advertido que, donde quiera que te hallares, has de huir de ti por la verdadera abnegación; porque, sin ninguna duda, este yo que pretende hallarse conmigo en lo que de virtud hago, es el que destruye y vicia cuanto hago; y así sería gran negocio é importaría mucho si yo fuese sin mí á la iglesia, á la oración, al ayuno, á la limosna y á las demás obras de religión; porque entonces le son gratísimas á Dios, cuando yo falto de mí en ellas y Él se halla todo en ellas; y entonces entra Él con sus dones y gracias en mí, cuando yo salgo de mí y saco conmigo todas las criaturas, á las cuales y á mí tengo de morir para que Dios pueda tener vida y regalo en mí; y estando yo lleno de mí y del amor de las criaturas, ningún lugar queda á Dios para morar dentro de mí; y está tan lejos de mí, cuanto yo lo estoy de esta muerte y abnegación de mí y de todo lo que no es El; y tanto más de devoción y favor divino hay en el hombre, cuanto mayor es la mortificación y negamiento propio; y tanto más llegado se halla á Dios, cuanto

más se aleja de sí y del amor de los vivos..... Si deseas hallar el todo en todas las cosas, déjalas todas por el todo „ [1].

Trata San Juan de la Cruz en general cómo ninguna cosa criada ni pensada puede servir al entendimiento de propio medio para unirse con Dios. Los medios han de ser proporcionados al fin, se dice en las aulas de Filosofía; ahora bien, de esta manera razona nuestro escritor: "Aunque es verdad que todas las criaturas tienen cierta relación á Dios y rastro de Él, unas más y otras menos, según su más ó menos principal sér, de Dios á ellas ningún respecto hay ni semejanza esencial; antes la distancia que hay entre su Divino Sér y el de ellas es infinita, y por eso es imposible que el entendimiento pueda dar perfectamente en Dios por medios de las criaturas, ahora sean celestiales, ahora terrenas; por cuanto no hay proporción de semejanza.....„ "Para llegar á Él, antes ha de ir el entendimiento no entendiendo que queriendo entender, y antes cegándose y poniéndose en tiniebla, que abriendo los ojos para llegar más al Divino rayo. Y de aquí es que á la contemplación, por la cual el entendimiento se ilustra de Dios, llaman teología mística,

que quiere decir sabiduría de Dios secreta, porque es secreta al mismo entendimiento que la recibe.„ (Cap. VIII.)

"Sola la Fe—afirma San Juan de la Cruz—es el próximo y proporcionado medio al entendimiento para que el alma pueda llegar á la divina unión de amor. Acabada y quebrada la Fe por la quiebra y fin de esta vida mortal, luego aparecerá la luz y gloria de la divinidad.„ (Cap. IX.) "La Fe—ha dicho un preclaro escritor eclesiástico de nuestros días—la Fe es como el alba de la gloria. La gloria es el pleno sol de la Fe [5].„

Distingue San Juan de la Cruz todas las aprehensiones, así naturales como sobrenaturales, que puede recibir el entendimiento: las primeras son todo aquello que el entendimiento puede alcanzar, ora por medio de los sentidos corporales, ora después de ellos por sí mismo; las segundas versan sobre todo lo que recibe el entendimiento más allá de su capacidad y habilidad natural. De estas noticias sobrenaturales, unas son corporales, otras espirituales. Las corporales son en dos maneras: unas recibe el entendimiento por vía de los sentidos corporales exteriores, y otras por medio de los sentidos corporales interiores. Las espirituales son tam-

bién de dos clases: una es distinta y particular, y otra es confusa, obscura y general. La primera abraza cuatro maneras de aprehensiones particulares, que se comunican al espíritu, no mediante algún sentido corporal, y son: visiones, revelaciones, locuciones y sentimientos espirituales: la segunda comprende una sola, que es la contemplación que se da en Fe. "En ésta — dice — habemos de poner al alma, encaminándola á ella por todas esotras, comenzando por las primeras y desnudándola de ellas.„ (Cap. x.)

Omite tratar de las noticias que pertenecen al entendimiento por vía natural, porque de ellas habló en el primer libro. Estudia primero las que aquél alcanza sobrenaturalmente por vía de los sentidos corporales exteriores, y enseña que nunca se han de admitir, ni examinar si son buenas ó malas. Dios gusta más de comunicarse al espíritu que al sentido, en que ordinariamente hay mucho peligro y engaño. (Cap. xi.)

Debe también el alma vaciar del sentido corporal interior, que es la imaginación y fantasía, todas las formas y aprehensiones imaginarias que naturalmente en él pueden caber, pues

impiden al alma llegar á la unión con Dios, no siendo medio proporcionado y próximo para la tal unión. (Cap. XII.) Enumera luego las señales que ha de conocer en sí el varón espiritual para comenzar á desnudar el entendimiento de las formas imaginarias y discursos de meditación (cap. XIII); pondera los motivos que justifican la necesidad de estas señales para encaminar al espíritu (cap. XIV); declara la conveniencia de servirse los aprovechantes del discurso y de las obras de las potencias naturales hasta que tengan el hábito de meditación (cap. XV); prueba que las aprehensiones imaginarias tampoco son medio próximo para la unión con Dios (cap. XVI); inquiere el fin que Dios se propone en comunicar al alma los bienes espirituales por medio de los sentidos, que no es sino para obrar ordenadamente, con suavidad y al modo de la misma alma (capítulo XVII); manifiesta el daño que algunos maestros espirituales, poco discretos, pueden hacer á las almas por no saberlas guiar acerca de estas visiones (cap. XVIII); y cómo, aunque sean de Dios, nos podemos engañar acerca de ellas, por dos causas: 1.ª, por nuestra defectuosa manera de entenderlas (cap. XIX); y

2.ª, porque no son siempre ciertas respecto á nosotros (cap. xx). Enseña cómo, aunque Dios responde á lo que se le pide algunas veces, no gusta de que se apele á Él por vía sobrenatural, y cómo muchas veces, á pesar de condescender, se enoja (cap. xxi), y que no es lícito ahora en la ley nueva preguntar á Dios por vía sobrenatural, como era en la ley vieja; porque entonces—dice—no estaba tan fundamentada la Fe ni establecida la ley evangélica, y así era menester preguntasen á Dios y que Él hablase, ahora por palabras, ahora por visiones y revelaciones, ahora en figuras y semejanzas, ahora en otras muchas maneras de significaciones. (Cap. xxii.)

De las aprehensiones del entendimiento, que son puramente por vía espiritual, á saber: visiones, revelaciones, locuciones y sentimientos espirituales, dice que nos conviene desembarazar el entendimiento, como en las otras aprehensiones ya referidas, encaminándole y enderezándole en la noche espiritual de la Fe á la divina y substancial unión de amor de Dios (cap. xxiii); trata de las dos clases de visiones espirituales por vía sobrenatural, unas de substancias corpóreas, otras de substancias

incopóreas ó separadas (cap. XXIV); declara lo que son revelaciones, y divídelas en dos géneros: inteligencia de verdades desnudas en el entendimiento, que versan sobre los atributos de Dios, ó sobre las cosas que son, fueron y serán (caps. XXV y XXVI); y descubrimiento de secretos y misterios ocultos de Dios, el cual puede ser de dos maneras, acerca de lo que Dios es en sí, y en esta manifestación se incluye la revelación del Misterio de la Santísima Trinidad y unidad de Dios, y acerca de lo que es Nuestro Señor en sus obras, y aquí se incluyen los demás artículos de la Fe, y las proposiciones que explícitamente acerca de ellos puede haber de verdades, y además otros muchos casos particulares que Dios ordinariamente revela, así pertinentes al universo en general, como tocante á reinos, provincias, estados y familias, y á personas particulares (cap. XXVII); manifiesta lo que son las locuciones interiores que sin auxilio de sentido corporal se suelen hacer en los espíritus, las cuales clasifica en palabras sucesivas, formales y substanciales; sucesivas, las que el espíritu, recogido entre sí, para consigo suele ir formando y razonando; formales, las que el espíritu, recogido

ó no, recibe, no de sí, sino de tercera persona, y substanciales son las formales, pero difieren de ellas en que hacen efecto vivo y substancial en el alma, y la solamente formal no así (capítulos XXVIII, XXIX, XXX y XXXI); y declara, finalmente, lo que se entiende por sentimientos espirituales, que sobrenaturalmente se hacen al alma, los cuales pueden ser sentimientos en el afecto de la voluntad, y sentimientos que, aunque son también en la voluntad, por ser intensísimos, subidísimos, profundísimos y secretísimos, no parece que tocan en ella, sino que se obran en la substancia del alma. (Capítulo XXXII.)

LIBRO III

Empieza á tratar San Juan de la Cruz de las otras dos potencias del alma, que son memoria y voluntad, purificándolas también acerca de sus actos, para que, según estas dos potencias, el alma se venga á unir con Dios en perfecta Esperanza y Caridad.

Y empezando por la memoria, atendiendo á los objetos que puede abrazar, dice que son

las noticias de ella naturales y sobrenaturales, imaginarias y espirituales: naturales, aquellas que puede formar de los objetos de los cinco sentidos corporales, de las cuales se ha de desnudar y vaciar, de manera que en ella no dejen impresa noticia, pues Dios no cae debajo de forma ni noticia alguna distinta, como acontece de la misma manera en la noche del entendimiento.

Consiste esta purgación de la memoria en que "en todas las cosas que viere, oyere, gustare ó tocare, no haga el hombre espiritual particular archivo, ni presa ó detenimiento de ellas en la memoria, dejándolas pasar y quedándose en santo olvido, sin reflexión sobre ellas, si no fuere cuando para algún buen discurso ó meditación fuere necesario. Y este estudio de olvidar y dejar noticias y figuras, nunca se entiende de Cristo y su Humanidad.„ (Capítulo I.) Tres daños provienen al alma, si quiere usar de las noticias naturales: el primero, de parte de las cosas del mundo; el segundo, de parte del demonio; y el tercero, porque impiden el bien moral y espiritual (capítulos II, III y IV); en contraposición logra tres provechos con el olvido y vacío de estas

noticias naturales: tranquilidad y paz de alma, seguridad de verse libre de muchas sugestiones, tentaciones y movimientos del demonio, y disposición para ser movida del Espíritu Santo. (Cap. v.)

De las noticias sobrenaturales despójese también el alma que aspira á la unión con Dios. Porque toda posesión es contra esperanza, la cual, como dice San Pablo, es de lo que no se posee. Cinco daños provienen de asirse á ellas. El alma corre riesgo de ser engañada, de volverse presumida, de ser engañada del demonio, como el otro engaño proviene de sí misma, de ser impedida en la unión con Dios por medio de la esperanza y de juzgar por la mayor parte de Dios bajamente. (Caps. vi, vii, viii, ix, x y xi.) Por estos daños se pueden conjeturar los provechos que recibe el alma desposeída de estas noticias sobrenaturales. (Cap. xii.)

En cuanto á las noticias espirituales, que pueden ser de perfecciones increadas y de criaturas, acuérdese el alma de las primeras las veces que pudiere, porque le causarán luz, deleite, amor, renovación espiritual; y de las segundas acuérdese, no para retenerlas en sí,

sino para avivar el amor de Dios; pero si el recuerdo no le encamina á ese resultado, nunca quiera pasarlas por la memoria. (Cap. XIII.)

¿Cómo se gobernará, pues, el varón espiritual acerca de la memoria? "Vivir — dice el Santo—en entera y pura esperanza de Dios, y todas las veces que le ocurrieren noticias, formas ó imágenes distintas, sin hacer asiento en ellas, vuelva luego el alma á Dios en vacío de todo aquello memorable con afecto amoroso, no pensando ni mirando en aquellas cosas más de lo que le bastaren las memorias de ellas, para entender y hacer lo que es obligado, si ellas fueren de cosa tal. Y esto sin poner en ellas afecto ni gusto, porque no dejen efecto ó estorbo de sí en el alma. Y así no ha de dejar el hombre de pensar y acordarse de lo que debe hacer y saber, que como no haya aficiones de propiedad, no le harán daño. (Cap. XIV.)

A la purificación del entendimiento y de la memoria, sigue la de la voluntad en orden á la Caridad. Purgarse debe de sus aficiones desordenadas, gozo, esperanza, dolor y temor, y entonces estará enderezada y guardada la fortaleza del alma. El principal empeño del varón espiritual ha de ser lograr esa purifica-

ción, " porque así, de voluntad humana y baja, venga á ser voluntad divina.„

¿Qué es el gozo? Es el contentamiento de la voluntad con estimación de alguna cosa que tiene por conveniente. Nace de seis géneros de bienes: temporales, naturales, sensuales, morales, sobrenaturales y espirituales. Por bienes temporales entendemos riquezas, estados, oficios, hijos, parientes, casamientos, etc. Vanidad es gozarse en todo eso; legítimo sólo será el gozo cuando Dios por estos bienes es más servido y glorificado. Los daños que acarrea al alma esa afición de la voluntad á los bienes temporales tienen su raíz en uno privativo principal, que es el apartamiento de Dios. Se embota y obscurece la mente; se enciende más el afecto hacia las criaturas, se torna fácil la infracción de la ley divina, y se pára en el olvido y alejamiento de Dios. Los provechos de apartar el corazón de los bienes temporales, son: libertad de ánimo, claridad en la razón, sosiego y tranquilidad, pacífica confianza en Dios y obsequio de la voluntad para Él; además más gozo y recreación en las criaturas con el desapropio de ellas, y el corazón más libre para Dios, que es principio dispositivo para

todas sus mercedes y liberalidades. (Caps. XIV, XV, XVI, XVII, XVIII y XIX.)

Por bienes naturales se entienden hermosura, gracia, donaire, complexión corporal; y en el alma buen entendimiento, discreción, etcétera. Lo mismo que en los anteriores, vanidad es gozarse en éstos; encaminarse deben á la mayor gloria y servicio de Dios. Ande cauto quien los poseyere, porque "estas gracias y dones de naturaleza son tan provocativos y ocasionados, así al que los posee como al que los mira, que apenas hay quien se escape de algún lacillo y liga de su corazón en ellas." Los daños espirituales y corporales se reducen á seis: vanagloria, presunción, soberbia y desestima del prójimo; complacencia y deleite sensual; adulación y alabanzas vanas; embotamiento y obscuridad de la razón; distracción de la mente en criaturas, y tibieza y flojedad de espíritu. Los provechos de apartar el corazón de semejante gozo, son: humildad, caridad para el prójimo, facilidad para la abnegación de sí propio, recogimiento de los sentidos, limpieza de alma y cuerpo, estima de los prójimos y libertad de espíritu. (Caps. XX, XXI y XXII.)

Por bienes sensibles se entiende todo aquello que afecta á los cinco sentidos ó á la imaginación. La parte sensitiva, ni por la vía del espíritu, ni por la del sentido, puede conocer á Dios. La voluntad, pues, debe alejar de sí este gozo, y cuando lo tuviere, aprovecharse de él sólo para Dios. Muchos son los daños, así espirituales como corporales, que nacen de este gozo. Del gozo en el sentido de la vista surgen vanidad, distracciones, codicias, deshonestidades, descompostura interior y exterior, é impureza de pensamientos y envidias. Del gozo en el sentido del oído, distracción de la imaginación, parlería, envidia, juicios inciertos y variedad de pensamientos. Del gozo en los olores suaves, asco de los pobres, enemistad á la servidumbre, poco rendimiento de corazón á las cosas humildes, é insensibilidad espiritual. Del gozo en el sabor de los manjares, gula y embriaguez, ira, discordia, falta de caridad con el prójimo, enfermedades y malos movimientos, torpeza de espíritu, menosprecio de las cosas espirituales, distracción de los demás sentidos y del corazón, y descontento acerca de muchas cosas. Del gozo en el sentido del tacto críase la lujuria, molicie y regalo, soltura de

lengua y libertad de ojos, obscuridad y ceguera de juicio, inconstancia y cobardía; nace el fastidio de los ejercicios espirituales y penitencia corporal, y el alejamiento de los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía. Los provechos que el alma saca de la negación de este gozo son: recogimiento, conservación y aumento de las virtudes adquiridas; de sensual se hace espiritual, de animal racional, y de humana divina; y luego recibe mayor aumento de gusto y gozo en la voluntad temporalmente, y mayor aumento de gloria esencial en la otra vida. (Caps. XXIII, XXIV y XXV.)

Á los bienes morales, ó sea las virtudes, natural es amarlos, por lo que en sí son y por el bien que reportan al hombre; mas el cristiano "no debe parar su gozo en esta vida mortal, sino que pues tiene lumbre de Fe, sólo debe gozarse con la posesión y ejercicio de estos bienes morales, haciendo las obras por amor de Dios para adquirir vida eterna. Sin este respeto no valen delante de Dios nada las virtudes. Los daños que acarrea al hombre el gozo vano de sus buenas obras son muy perniciosos, porque son espirituales. El primero es vanidad, soberbia, vanagloria y presunción.

El segundo es juzgar á los demás malos é imperfectos comparándolos con él. El tercero es el deseo de las alabanzas humanas. El cuarto es la pérdida del galardón eterno por haberlo recibido en esta vida. El quinto es que no van adelante en el camino de la perfección. El sexto es el engaño en que viven, reputando mejores las obras de que gustan, que aquellas de que no gustan. El séptimo es hacerse incapaces de todo aviso y consejo acerca de las obras que debe hacer.—En resistir la voluntad á este gozo logra muchos provechos. Se libra de caer en muchas tentaciones y engaños del demonio; hace las obras más acordada y cabalmente y alcanza la pobreza de espíritu; torna manso, humilde y prudente en el obrar; se hace agradable á Dios y á los hombres, y se libra de avaricia, gula, envidia y pereza espiritual. (Capítulos XXVI, XXVII y XXVIII.)

„Lo mismo se ha de decir de los bienes sobrenaturales, como la ciencia ó sabiduría, la Fe, obradora de milagros, la discreción de espíritus, el dón de lenguas, y otros semejantes. Nada son estos dones si no hubiese caridad, como decía el Apóstol San Pablo en su primera carta á los fieles de Corinto.—Tres daños princi-

pales recibe el alma que pone su gozo en los bienes sobrenaturales: engañar y ser engañado, detrimento en el alma acerca de la Fe, vanagloria ú otra vanidad. Dos provechos particulares resultan al alma de la negación de este gozo. El primero es engrandecer y ensalzar á Dios. El segundo es ensalzarse el alma á sí misma en Fe muy pura, la cual le infunde y aumenta Dios con mucha más intensidad. (Caps. XXIX, XXX y XXXI.)

„Bienes espirituales son todos aquellos que ayudan al trato del alma con Dios y las comunicaciones de Dios con el alma. Unos son sabrosos y otros penosos. Unos pertenecen al entendimiento, otros á la voluntad, y otros á la memoria. Los que pueden caer en el entendimiento y memoria originan un gozo en la voluntad, la cual, al igual de lo que se dijo acerca de las aprehensiones de la memoria y el entendimiento, debe alejarlo y desterrarlo de sí.„ Trata luego San Juan de la Cruz de los bienes espirituales sabrosos que distintamente pueden caer en la voluntad, á saber: motivos, provocativos, directivos y perfectivos. En cuanto á los motivos, que son imágenes y retratos de Santos, oratorios y ceremonias, diserta largamente. En

las imágenes puede caber mucha vanidad, atendiendo más á la pintura y ornato que á lo que representan. ¿Cómo se ha de encaminar á Dios el gozo de la voluntad por el objeto de las imágenes, de manera que no yerre ni se impida por ellas? "Pues las imágenes nos sirven para motivo de las cosas invisibles, en ellas procuremos el motivo y afición y gozo de la voluntad en lo vivo que representan.„ En cuanto á los oratorios y templos, aunque sean lugares destinados para la oración, "adviertan los espirituales — dice el místico carmelita — que no ha de ser de manera que se emplee el jugo y sabor del alma en el templo visible y en el motivo, y se olvide de orar en el templo vivo, que es el interior recogimiento del alma.„ Enumera luego los daños de estos gustos sensibles; trata luego de tres maneras de lugares devotos, muy provechosos para orar, por ser apartados, memorables por haber sido teatro de las mercedes del cielo, ó por haber sido elegidos por el mismo Dios; provechosos se entiende, cuando á Dios se endereza la voluntad en olvido del sitio material. En cuanto á las ceremonias, juzga San Juan de la Cruz que se agravia á Dios cuando en ellas se pone

más confianza que en lo vivo de la oración.

Los bienes provocativos son los que persuaden á servir al Señor. Son los Predicadores, los cuales, según el insigne carmelita, deben tener presente que "aquel ejercicio más es espiritual que vocal. Porque aunque se ejercita con palabras de fuera, su fuerza y eficacia no la tiene sino del espíritu interior. Donde por más alta que sea la doctrina que predica (el Sacerdote), y por más esmerada que sea la retórica y subido el estilo con que va vestida, no hará de suyo ordinariamente más provecho que tuviere el espíritu.„

No puedo dar, cual quisiera, la debida amplitud á este trabajo. Hay mucho que estudiar y que recorrer. ¡Con cuánto gusto analizaría esas páginas de oro que acabo de hojear precipitadamente! ¡Cuánta riqueza y elevacion de doctrina mística y ascética! Y no se crea que aproveche solamente á la gente contemplativa; no, á todos los humanos sin excepción reportan grande utilidad estos documentos, principalmente los que contiene la *Subida del Monte Carmelo*, más accesibles sin duda que los de otros libros. Por eso me he entretenido más en su examen y análisis, pues lo reclamaba

su fondo, altamente doctrinal, y su frase, rigurosamente fluida, castiza, harmoniosa, desnuda siempre de todo adorno y afeite vano. Voy á continuar, abriendo otro libro del Extático Doctor, la

NOCHE OBSCURA DEL ALMA

LIBRO PRIMERO

En que se trata de la noche del sentido.

"En esta noche obscura—dice San Juan de la Cruz—comienzan á entrar las almas cuando Dios las va sacando del estado de principiantes, que es de los que meditan en el camino espiritual, y las comienza á poner en el de los aprovechados, que es ya el de los contemplativos, para que pasando por aquí lleguen al estado de los perfectos, que es el de la divina unión del alma con Dios.„

¡Con qué elegancia y donosura en la frase hace la siguiente comparación, para pintar el

estado flaco y endeble de los que comienzan á servir á Dios! "Es pues de saber—dice—que el alma, después que determinadamente se convierte á servir á Dios, ordinariamente la va Dios criando en espíritu y regalando, al modo que la amorosa madre hace al niño tierno, al cual calienta al calor de sus pechos, y con leche sabrosa y manjar blando y dulce le cría y trae en sus brazos, y regala; pero á la medida que va creciendo, le va la madre quitando el regalo y escondiendo el tierno pecho, poniendo en él amargo acíbar, y, bajándole de los brazos, le hace andar por su pie, para que perdiendo las propiedades de niño se dé á cosas más grandes y substanciales.„

Los principiantes se deleitan sobremanera en el ejercicio de la oración y del ayuno, y hallan consolaciones dulcísimas en castigar su cuerpo y en la recepción frecuente de los Sacramentos; pero como se buscan más á sí que á Dios, se encuentran ciertamente, pero es para su ruina, cayendo en muchas imperfecciones de soberbia, avaricia, ira, gula, lujuria, envidia y pereza. (Cap. I.)

Como son tan diligentes y fervorosos, sienten germinar pronto la raíz de la *soberbia*;

arden en deseos de hablar de cosas espirituales delante de otros, con pretensión de enseñar más que de aprender, y censuran á los demás, por ganar crédito de mejores. Al par que en fervor, crecen en soberbia. Cuando sus maestros espirituales no aprueban su espíritu, juzgan que no los entiende, ó no es muy espiritual..... ¡Con qué penetración y delicadeza de sentido crítico examina San Juan de la Cruz las múltiples fases de la soberbia en los recién entrados en la senda de la virtud! (Cap. II.)

Ávidos se muestran de consuelos interiores, y enflaquecen y desmayan cuando de ellos se ven privados. Andan solícitos en oir consejos y preceptos; manejan y revuelven muchos libros; todo son ansias y congojas por medrar en la vida del espíritu, y descuidan de afinar con la lima de la mortificación la imagen de Dios en su alma. La *avaricia* domina y posee sus almas. (Cap. III.)

Caen también en la *lujuria* espiritual, la cual procede, ó del mismo gusto que tiene el natural en las cosas espirituales, ó del demonio, ó del mismo temor á estos movimientos sensuales, ó de aficiones espirituales á algunas personas. (Cap. IV.)

Asoma la *ira* cuando, perdido el sabor del espíritu, queda el natural desabrido y desganado, y entonces cualquier cosilla les molesta y desazona. Asoma también la ira cuando reprenden los vicios ajenos con celo desmedido, haciendo gala de ser ellos los virtuosos, y cuando, caídos en imperfecciones, se airan contra sí mismos, por verse contrariados en el deseo que les consume de ser *santos en un día*, como dice San Jun de la Cruz. (Cap. V.)

Engolosinados con el sabor que hallan en los ejercicios espirituales, andan á caza de penitencias, ayunos y obras de piedad, aun contra el dictamen de sus Confesores. "Estos son imperfectísimos, gente sin razón, que posponen la sujeción y obediencia, que es *penitencia de la razón y discreción,*„— dice San Juan de la Cruz. (Cap. VI.)

Les pesa luego el bien espiritual de los otros, y les consume el ansia de ser preferidos en todo, lo cual es *envidia* y falta de caridad, la cual se complace en las virtudes ajenas, para que Dios sea servido y glorificado.

Les causan tedio, finalmente, las cosas más espirituales, si andan ayunas de consuelos sensibles. Prefieren el sabor de la virtud á la misma

virtud; están en lucha perenne con la voluntad de Dios, y repugnan mucho "entrar por el camino estrecho, que dice Cristo, de la vida.„ De ahí es que les domina la *pereza* espiritual. (Capítulo VII.)

Explica qué sea esta noche obscura. Es la contemplación que causa dos purgaciones en los espirituales, sensitiva y espiritual. Es muy terrible la primera para el sentido. Queriendo Dios levantar á los principiantes á la cima de la perfección, ciérrales la puerta y manantial del agua espiritual, dulcísima para sus labios sedientos de consuelos sensibles, y les deja á obscuras. Es ocioso ponderar el sinsabor y amargura que hallan entonces en las cosas espirituales (cap. VIII).—Se conocerán estas sequedades nacidas de dicha purgación, si se atiende á tres señales principales: 1.ª, si así como no hallan gusto en las cosas de Dios, tampoco le hallan en las cosas criadas; 2.ª, si se muestran solícitos en servir á Dios, pues no es lo mismo la tibieza que la sequedad; ésta trae pena de apartarse del divino servicio, la otra no; 3.ª, si no pueden meditar ya ni discurrir, valiéndose de la imaginación (cap. IV). ¿Qué harán en este estado? Tener paciencia y perseverar en la ora-

ción, contentándose sólo con una advertencia amorosa y sosegada en Dios, y estar sin gana demasiada de sentirle y gustarle. (Cap. x.)

Declara luego San Juan de la Cruz los tres versos siguientes: *Con ansias en amores inflamada,—¡Oh dichosa ventura!—Salí sin ser notada.* No se siente á los principios la inflamación de amor, pero luego sí; y esas ansias son tan grandes en el alma, "que parece se le secan los huesos en esta sed, y se marchita el natural, y estraga su calor y fuerza por la viveza de la sed de amor, y siente el alma que es viva esta sed de amor." Y gana ella tantos provechos, que se considera feliz por haber salido de los lazos y apreturas del sentido, provechos que se compendian en el tercer verso. Se entiende esta salida de la sujeción que tenía el alma á la parte sensitiva en buscar á Dios por operaciones flacas y limitadas, y ocasionadas á caer en tantas imperfecciones como se han notado. (Cap. xi.) Señalados provechos recibe el alma en esta noche del sentido. El primero es conocimiento de sí y de su miseria, de lo cual nace tratar á Dios con más comedimiento y cortesía; el segundo, conocimiento más hondo de la excelencia y grandeza

de Dios; el tercero, adquisición y brillo de todas las virtudes espirituales opuestas á las imperfecciones en los siete pecados capitales; y el cuarto, libertad de espíritu, en que se van granjeando los doce frutos del Espíritu Santo. (Caps. XII y XIII.)

Declara finalmente San Juan el tercer verso: *Estando ya mi casa sosegada.* Comienza entonces el alma, sosegados los apetitos, á andar por la vía iluminativa ó de contemplación infusa con que Dios anda apacentando el alma, “ sin discurso ni ayuda activa con industria de la misma alma. „ El tránsito de la primera á la segunda noche suele ir acompañado de graves trabajos y tentaciones sensitivas, para que “ castigados y abofeteados (los que Dios llama) de esta manera, se vayan ejercitando, y disponiendo y curtiendo los sentidos y potencias para la unión de la sabiduría que allí les han de dar. „ (Cap. XIV.)

LIBRO SEGUNDO

Noche segunda del espíritu.

Salida el alma de las sequedades y trabajos de la primera purgación, pasa largos años en el estado de los aprovechados antes de ponerla Dios en la unión de amor. Corre en esta vía con más anchura, sosiego y deleite, y logra muy serena y amorosa contemplación y sabor espiritual sin trabajo del discurso; nunca, empero, le faltan algunas sequedades, tinieblas y aprietos mensajeros de la noche venidera del espíritu, si bien en ésta son más durables que en aquélla. (Cap. I.)

Están sujetos los aprovechados á dos clases de imperfecciones: habituales, que son las que no han podido desarraigarse todavía del espíritu; y actuales, originadas, inexpertos todavía en esta senda iluminativa, del demonio y de la propia fantasía. Desmenuza y esclarece estos defectos San Juan de la Cruz con la perspicacia y agudeza propias de su consumado ingenio. (Cap. II.)

Hay que notar que la noche anterior más se debe llamar cierta reformación del apetito que purgación, pues todas las imperfecciones y desórdenes de la parte sensitiva tienen su raíz en el espíritu; y así, hasta que se purifique éste, no se pueden aquéllos bien purgar. En esta noche se purgan entrambas partes juntas, y entonces se realiza la unión de amor. (Capítulo III.)

Declara otra vez San Juan de la Cruz la primera canción á propósito de la purgación, contemplación, desnudez ó pobreza de espíritu. Esta contemplación obscura, no sólo es noche para el alma, sino también pena y tormento, "por la alteza de la sabiduría divina, que excede el talento del alma, y de esta manera le es tinieblas„ y "por la bajeza é impureza de ella, y así le es penosa y aflictiva, y también obscura.„ Pone en cuanto á lo primero la siguiente comparación: "Así como de la luz, cuanto más clara es, más se ciega y obscurece la pupila de la lechuza, y cuanto el sol se mira más de lleno, más tinieblas causa en la potencia visiva, y la priva, excediéndola por su flaqueza, así esta divina luz de contemplación embiste en el alma que aún no está ilustrada

totalmente, le hace tinieblas espirituales, porque no solamente la excede, sino también la obscurece y priva el modo de su inteligencia natural. (Caps. IV y V.)

Padece también el alma por los dos extremos, divino y humano, que aquí se juntan: contemplación purgativa, y el alma, sujeto de la misma. "Que como el Divino embiste á fin de sazonarla y renovarla para hacerla divina, y desnudarla de las aficiones habituales y propiedades del hombre viejo, con que ella está muy unida, conglutinada y conformada, de tal manera la desmenuza y deshace, absorbiéndola en una profunda tiniebla, que el alma se siente estar deshaciendo y derritiendo á la vista y faz de sus miserias con muerte de espíritu cruel.„ Otra pena sufre el alma, y es la suma miseria y pobreza que en sí halla al contemplar la majestad y grandeza de Dios; pobreza que consiste en estar seca respecto de la parte sensitiva, vacía en sus potencias y en tiniebla obscura en el espíritu. Esta es la purificación á que se ordena esta obscura contemplación. (Cap. VI.)

Las aflicciones y aprietos de la voluntad son también inmensos, al verse tan llena de males y tan incierta del remedio. Llénanse las almas

de espanto y terror, y caen en honda postración y desmayo. "Y así, en esta purgación, aunque le parece (al alma) que quiere bien á Dios y que por Él daría mil vidas, con todo eso no le es alivio esto, antes le causa más pena; porque queriéndole ella tanto..... como se ve tan miserable..... duélese de ver en sí causas por que merezca ser desechada de quien ella tanto quiere y desea„ (cap. VII); además la desconsuela mucho no poder levantar como antes el afecto á Dios, ni rogarle, pareciéndole interpuesta una nube para que su oración no suba á los cielos.

Luego, con tersura y limpieza sinigual en la frase, y admirable precisión doctrinal, prueba en el cap. IX, precioso tesoro de elocuencia mística, que, aunque esta noche obscurece al espíritu, es para ilustrarle y darle luz. Con el intento de abreviar, omito citar ninguna frase ni sentencia, pues todas merecerían citarse, para luz de las almas y deleite de los amadores de la Teología mística. Compara luego esta vía purgativa á la acción del fuego sobre un madero, y saca maravillosas consecuencias de esta comparación, derramando sin tasa ni medida el caudal de su saber místico. (Cap. X.)

Siente entonces el alma, en medio de tan obscuros aprietos, una fuerte inflamación de amor en el espíritu, que va participando algo de las propiedades que tiene la unión con Dios. (Capítulo XI.) Purgatorio es en verdad esta noche. Como los predestinados se limpian con fuego, las almas en esta vida se limpian é iluminan con amor, y la Divina sabiduría ilumina á los hombres en el suelo con la misma iluminación que purga é ilumina á los ángeles en el cielo. (Cap XII.) "Con esta fuerte lejía y amarga purga,» queda alumbrado el entendimiento con lumbre sobrenatural, de manera que el entendimiento humano se haga divino unido con el divino, y la voluntad queda inflamada con amor divino, de manera que ya no sea voluntad menos que divina. (Cap. XIII.)

Explica luego San Juan de la Cruz los tres últimos versos de la primera canción. "¡Oh cuán dichosa ventura es poder el alma librarse de la casa de su sensualidad! La vida del espíritu es verdadera libertad y riqueza, que trae consigo bienes inestimables„ (cap. XIV), y pasa después á declarar la segunda canción, afirmando que " cuanto el alma va más á obscuras y vacía de sus operaciones naturales, tanto va

más segura„ (caps. xv y xvi); que secreta 'es esta contemplación, porque esta es la teología mística, que se infunde más particularmente al alma por amor (cap. xvii); y que le conviene el nombre de escala, porque con esta secreta contemplación sube el alma á escalar, conocer y poseer los bienes y tesoros del cielo; y también porque, así como la escala, esos mismos pasos que tiene para subir los tiene también para bajar; así la secreta contemplación, al paso que hace ascender hasta Dios gradualmente, al mismo compás humilla al alma en sí misma. (Cap. xviii.)

¿Cuántos son los grados de la escala mística de amor divino, según San Bernardo y Santo Tomás? Diez.

El primero hace enfermar al alma provechosamente. Esa enfermedad no pára en la muerte, sino que glorifica á Dios, porque en ella desfallece el alma al pecado y á todas las cosas que no son Dios, por el mismo Dios. El segundo hace al alma buscar sin cesar á Dios. El tercero hace al alma obrar y le pone calor para no faltar. El cuarto causa en ella un ordinario sufrir sin fatigarse. El quinto la hace apetecer y codiciar á Dios impacientemente.

El sexto la hace correr ligeramente á Dios. El séptimo hace atrever al alma con vehemencia. El octavo la hace asir y apretar sin soltar al Amado. El nono la hace arder con suavidad. El décimo la hace asimilarse totalmente á Dios por razón ya de la visión beatífica. Tal es la escala por la cual va subiendo ese amor secreto del alma. "Porque el amor es semejante al fuego,—dice San Juan de la Cruz,—que siempre sube hacia arriba, con apetito de engolfarse en el centro de su esfera. (Capítulos XIX y XX.)

Sale aquí disfrazada el alma con aquel disfraz que más al vivo represente las aficiones de su espíritu y la haga invulnerable á los dardos de sus enemigos, mundo, demonio y carne: así es que la librea que lleva es de tres colores principales, blanco, verde y colorado, que figuran la Fe, Esperanza y Caridad. Estos colores disponen al alma á unirse con Dios mediante sus tres potencias. (Cap. XXI.)

Ventura es para el alma librarse de esos tres enemigos y alcanzar la preciosa libertad del espíritu. Iba además *á obscuras y en celada,* es decir, por medio de aquella contemplación secreta iba encubierta y escondida del demo-

nio y de sus cautelas y asechanzas. Y estando ya la parte superior como la inferior del alma en sosiego según sus apetitos y potencias, salió á la divina unión de amor de Dios. (Capítulos XXII, XXIII y XXIV.)

Concluye San Juan de la Cruz este libro declarando brevemente la tercera canción:

"En la noche dichosa,
En secreto que nadie me veía,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz y guía
Sino la que en el corazón ardía. "

Á vuelta de algunas incorrecciones y languideces de estilo, que enteramente disculpo en el místico escritor, ¡qué delicadeza de sentimiento! ¡qué ternura de expresión! ¡qué arranques tan hermosos y sublimes! En especulaciones de sí tan áridas y de poco jugo, ¡cómo junta San Juan de la Cruz el saber con la gracia, el deleite con la razón! No hay pompa y aderezo en la expresión, cierto es; no lo exigía el asunto ni el temperamento literario de San Juan de la Cruz; pero hay incomparable suavidad, limpieza y donosura que al leyente, aun el no pío, soberanamente hechiza,

enamora y embelesa. ¿Qué son, empero, estos atavíos y galanuras de estilo ante la elevación y alteza de la doctrina teológica que en estos dos libros fluye de labios del incomparable carmelita? ¿Puede concebirse mayor caudal, y más discreta, precisa y gallardamente derramado para enseñanza y consejo de las almas espirituales? ¿Habrá en la serie de las edades crisol que afine más el oro de la virtud? No creo que exista otro igual á la *Subida del monte Carmelo y á la Noche obscura del alma*. ¡Cuántos bienes se reportarían en el orden religioso, si fueran más leídas y meditadas estas obras del más célebre tal vez de los místicos del mundo en los presentes y pasados tiempos! Pero fuerza es continuar la tarea que sobre mis hombros pesa; fuerza es proseguir en el examen de otra obra, que es:

CÁNTICO ESPIRITUAL

ENTRE EL ALMA Y CRISTO SU ESPOSO

El orden que llevan estas cuarenta canciones es desde que un alma comienza á servir á Dios hasta que llega al último estado de perfec-

ción, que es el matrimonio espiritual; y así en ellas se van recorriendo los tres estados ó vías que llaman: purgativa, iluminativa y unitiva, y se declaran algunas de sus propiedades y efectos. Las primeras canciones tratan de los principiantes, las otras de los aprovechados, las que siguen de los perfectos, y las últimas de los comprehensores.

Parafrasea y explica San Juan de la Cruz estas canciones, siguiendo el mismo giro figurado y simbólico del *Cantar de los Cantares,* de Salomón, glosado é imitado no pocas veces en nuestro idioma, pero no siempre dándole todo su valor, sino concretándose al sentido profético y religioso, ó no traspasando en ocasiones los límites de lo literal.

"Las imitaciones de San Juan de la Cruz —dice el distinguido literato y académico Don Juan Valera—encierran también, si no miramos más que á la letra, la gala y la vehemencia de una égloga amatoria; pero, en el conjunto y á través de cada frase, se percibe el fondo lleno de prodigios, cuya contemplación hace olvidar todo afecto terreno, todo deleite caduco y toda pasión de esta existencia mortal. No parece sino que piñas de flores, ventalles de cedro,

escudos de oro, alcázares y pompas orientales, ínsulas extrañas, ríos sonorosos, valles floridos, lechos de púrpura y cuantas magnificencias posee el Rey Salomón, sólo sirven para velar el centro del alma donde en realidad pasan las escenas que el Santo describe. Allí no puede llegar ni agitación del mundo, ni rumor, ni movimiento de seres corporales, ni sugestión del demonio, ni voz de ángeles, los cuales no atinan ya á dar ni á explicar al alma lo que desea:

"Que no saben decirme lo que quiero.„

Allí obscuro silencio y sosiego maravilloso.„

Así se expresa el ilustre Valera al hablar del más original, sublime y sutil de nuestros místicos [6].

El asunto de estas canciones — dice el sapientísimo Marcelino Menéndez — "se desarrolla, no en forma dialéctica, ni aun en la pura forma lírica de arranques y efusiones, sino en metáfora del amor terreno, y con velos y alegorías tomados de aquel divino epitalamio en que Salomón prefiguró los místicos desposorios de Cristo y su Iglesia. Poesía misteriosa y solemne,

y, sin embargo, lozana y pródiga, y llena de color y de vida; ascética, pero calentada por el sol meridional; poesía que envuelve las abstracciones y los conceptos puros en lluvia de perlas y de flores, y que, en vez de abismarse en el centro del alma, pide imágenes á todo lo sensible, para reproducir, aunque en sombras y lejos, la inefable hermosura del Amado. Poesía espiritual, contemplativa é idealista, y que con todo eso nos comunica el sentido más arcano, y la más penetrante impresión de la naturaleza, en el silencio y en los *miedos veladores* de aquella noche, *amable* más que el *alborada,* en el *ventalle de cedros* y el aire del almena que orea los cabellos del Esposo.....„

"Por toda esta poesía oriental, trasplantada á la cumbre del Carmelo y de los floridos valles de Sión, corre una llama de afectos y un encendimiento amoroso, capaz de derretir el mármol. Hielo parecen las ternezas de los poetas profanos al lado de esta vehemencia de deseos y de este fervor en la posesión que siente el alma después que bebió el vino de la bodega del Esposo:

"Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos
Y sólo para ti quiero tenellos.

. . . .

Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.„

. . . .

"En el fondo de esta filosofía halla la más alta y generosa filosofía que los hombres imaginaron, y tal, que no es lícito dudar que el Espíritu Santo regía y gobernaba la pluma del escritor„ [7].

¿Qué dirá el labio mío, después del testimonio de tan autorizados críticos? La gracia y encanto de las expresiones, la naturalidad y frescura de las imágenes, la vehemencia, fuego y ardorosa pasión de los sentimientos, campean en aquellas estrofas con maravilloso ajuste y primor. No profane santuario tan hermoso y perfumado con aromas divinos el quisquilloso y malhumorado crítico, diciendo que en tal frase hay desaliño, que se repiten algunas voces, ó que algunos versos andan

ayunos de cadencia y harmonía por lo largo y prosaicos. A este crítico preciso es decirle lo que Jesucristo á los que profanaban el templo. San Juan de la Cruz escribe con tanta delicadeza y suavidad, que su lenguaje, como se ha dicho con razón, más parece de ángel que de hombre. En ningún otro autor, así de España como fuera de ella, se encuentran frases tan felices, ni descripciones tan poéticas, ni arranques tan apasionados y dulces. Deleitosa tarea sería la mía, si pudiera ir recorriendo cada una de esas Canciones, y quilatar, como mejor supiera, sus bellezas doctrinales y literarias; pero el asunto es prolijo. Mucho le disgusta al autor de estas líneas no poder examinar á su sabor la hermosa perífrasis de tan divinas canciones, las cuales reciben de aquélla vigor, nervio, ornato, realce y lumbre celestial, no vana pompa y estéril abundancia, como sucede en tantas otras de sabios y literatos ilustres.

LLAMA DE AMOR VIVA

Empieza este libro con cuatro deliciosísimas estrofas, que muestran ya al alma unida íntimamente con Dios y transformada en él. Para ello válese de la comparación del fuego prendido en un madero, que mientras más se inflama, más se infunde con la materia á que se adhiere, "hasta centellear fuego de sí y llamear." En este grado se entiende que habla el alma transformada ya en viva llama.

El alma, pues, abrasada por esa llama, y con tan grandes riquezas de dones y virtudes arreada, está tan cerca de la bienaventuranza, que no la divide sino una leve y delicada tela, la tela de esta vida mortal: entonces pide al Espíritu Santo que acabe ya su obra.

"Acaba ya, si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro."

Fácil cosa es llegar á Dios, quitados los impedimentos que dividen, los cuales se reducen á tres: temporal, que oponen las criaturas;

natural, que proviene de inclinaciones ú operaciones puramente naturales; y sensitivo, que nace de la unión del alma y el cuerpo. En la purgación espiritual se rompieron las dos primeras telas; falta ahora solamente la última, que se rompe con la muerte; esta tela, muy delgada, por cierto, desea el alma con ternura, pero con vehemencia, que pronto se rompa.

No se queja de la herida que recibió, ni del cauterio que la abrasa, ni de la llaga que tiene abierta, ni de la mano que descargó el golpe, ni de la muerte que le espera. Todo al contrario: es blanda la mano, regalada la herida, suave el cauterio, dulce la muerte. Aquí la pluma de San Juan de la Cruz alcanza el ápice de la perfección mística en la manera delicadísima de expresar sus afectos amorosos. ¡Qué frase tan henchida de suavidad y ternura, y tan sabrosamente cuajada de leche y miel! Mi mano forcejea para coger flores de tan balsámico perfume en campo tan vistoso y ameno; forcejea, digo, porque la voluntad la ata y esclaviza en esta hora y sazón.

Es imposible declarar el sabor de vida eterna que se gusta en este toque de Dios. *¡Oh toque delicado! que á vida eterna sabe*. Y añade: *Y*

toda deuda paga, porque tal recompensa excede á todos los trabajos pasados. *Matando, muerte en vida la has trocado.* Una es vida beatífica, que consiste en ver á Dios, y para ésta ha de preceder muerte natural y corporal, y otra es vida espiritual perfecta, que es posesión de Dios por unión de amor, y ésta se alcanza por la mortificación de todos los vicios y apetitos.

Pide *San Juan de la Cruz* el favor de Dios para dejarse entender en las estancias sucesivas, donde declara el vivo agradecimiento del alma unida á su celestial Esposo, por las grandes mercedes que le ha hecho y las subidas noticias que ha puesto á su alcance. En ellas recibió tanta luz y calor, que las potencias quedaron alumbradas y enamoradas, y por esto dice el alma agradecida:

"¡Oh lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba obscuro y ciego,
Con extraños primores
Calor y luz dan junto á su querido!"

Pondera el Santo la capacidad de esas cavernas, que son las potencias del alma, que no

se llenan menos que con lo infinito. No se obscurecen las potencias del alma porque Dios las ilumine con los destellos de su clara luz; al contrario, el amor de las criaturas es el que entenebrece y estrecha los anchurosos senos. Y es cosa admirable que, con ser capaces de infinitos bienes, basta el menor de ellos á embarazarlas. Pero cuando están vacías y limpias, es intolerable el hambre y sed del sentido espiritual. Si entonces el alma por algún resquicio alcanza algún rayo de luz divina, enferma de amor; y aquella divina sed se hace más y más intolerable. Si el rayo la hiere, más y más la llaga; pero en llegando á la unión perfecta con Dios, se llena el vacío de sus profundas cavernas; el entendimiento lo ve todo, alumbrado por *lámparas de fuego;* la voluntad queda satistecha con la posesión del bien sumo; no hay un rincón obscuro en todas las potencias del alma, porque el infinito todo lo llena.....

Pero enmudece San Juan de la Cruz ante las maravillas de que es teatro el alma hecha morada de Dios.

"¡Cuán manso y amoroso,
Recuesdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras!„

Este recuerdo que hace el Verbo en lo profundo del alma—dice bellamente San Juan de la Cruz—"es un movimiento de tanta grandeza, señorío y gloria, y de tan íntima suavidad, que le parece que todos los bálsamos y especies odoríferas y flores del mundo se trabucan y menean para dar su suavidad.„ ¡Cuán mansa y amorosamente infunde este recuerdo el Verbo Esposo en el fondo del alma, donde secreta y calladamente mora, derramando un torrente de gracias y suavidades!

"Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
Cuán delicadamente me enamoras!„

"En aquel aspirar de Dios—dice el Santo — yo no querría hablar, ni aun quiero; porque veo claro que no le tengo de saber decir, y parecería menos si lo dijese.„

¿Qué diré yo con mi lengua torpe y balbuciente, de esta respiración divina tan sabrosa al alma, que por tan regalada, dulce y fina manera la extasía, enamora y embelesa? ¿Qué diré? Nada; callar y adorar, cosida al polvo la frente, las inefables finezas del Amor Divino.

INSTRUCCIÓN Y CAUTELAS

que ha menester traer siempre delante de sí el que quisiere ser verdadero religioso y llegar en breve á mucha perfección.

Siendo San Juan de la Cruz un tan perfecto imitador de Cristo crucificado, de manera que su pensar, querer y obrar sellados andaban con la marca y sello de la Cruz; y creyendo que ésta debía ser el signo distintivo de la Reforma carmelitana, que con tanto celo y gloria de Dios promoviera, alentado por el ejemplo de la insigne fundadora y compañera suya muy amada Santa Teresa de Jesús, juzgó oportuno dar algunas instrucciones á sus hijos, y en general á todos los religiosos, para que supieran prevenir los daños del mundo, demonio y carne, y enderezar rectamente su vida por el camino de la perfección.

Son estos documentos, tan sabia como discretamente trazados, dignos de la pluma de oro de tan consumado maestro de la vida espiritual, de tan fiel y puntualísimo celador de la pobreza y desnudez de espíritu, y de tan entusiasta amador del retiro y silencio espiritual.

AVISOS Y SENTENCIAS ESPIRITUALES

En número de trescientas sesenta y cinco las escribió el insigne Maestro espiritual, dirigidas á todos los fieles. Versan sobre la imitación de Cristo, las virtudes teologales, el temor de Dios, la paz, el amor del prójimo, los apetitos desordenados, la prudencia, los ángeles, la necesidad de un maestro espiritual, la religión, la oración, los frutos, calidades, motivos, lugar é impedimentos para la misma, la obediencia, la fortaleza, la paciencia, la modestia, el silencio, la humildad, la vanidad, pobreza voluntaria, pobreza de espíritu, y la codicia.

Escoger en campo tan fértil en celestiales documentos, es tarea dificilísima. Holgaríame muchísimo de hacer notar la sabiduría recóndita que entrañan y su provechoso influjo en la vida religiosa y social. Holgaríame muchísimo, porque aquí anda resumida y *quintesenciada* la más sublime filosofía que conocieron

los siglos, cual es la doctrina de Cristo, expuesta con toda pulcritud y llaneza y con una libertad de espíritu propia de quien siempre y á todas horas era regido por el Espíritu del Señor.

¿No denota ser una alma real y nobilísima la de quien dijo: "Más vale un pensamiento del hombre que todo el mundo, y por eso sólo Dios es digno de él, y á él se le debe; y así cualquier pensamiento del hombre que no se tenga en Dios se lo hurtamos?„ (200.) Los que tanto pregonan y ensalzan la dignidad del hombre, y los fueros de la conciencia humana y las excelsitudes del pensamiento, yendo por rumbos torcidos, aprendan de la boca de San Juan de la Cruz cuán coruscantes son los timbres de su prosapia, de su alcurnia nada menos que *divina;* aprendan á estimar las dotes con que plugo enriquecerles la Bondad soberana, y no á mancillarlas y degradarlas en el cieno de inmundos apetitos.

Las iluminaciones del místico son de más valor que todos los oráculos de la ciencia humana y trascienden á todas las esferas de la actividad humana, enderezando todas las cosas á su fin y entronizando en la tierra el reino de

la paz y de la justicia. Afirmación es esta que me holgaría en hacer patente, para loa y prez de esos seres casi divinos que pisaron la tierra para santificarla con los amorosos efluvios de su corazón y alumbrarla con los resplandores de su excelso ingenio.

DEVOTAS POESÍAS

HECHAS Á DIFERENTES ASUNTOS

Son las siguientes:

Coplas del alma que pena por ver á Dios.

Coplas sobre un éxtasi de alta contemplación.

Otras al mismo intento.

Glosa á lo divino.

Otra glosa á lo divino.

Cantar del alma que se goza de conocer á Dios por Fe.

Canción de Cristo y el Alma.

Romance I. — Sobre el Evangelio *In principio erat Verbum* de la Santísima Trinidad.

Romance II. — De la Comunicación de las tres Personas.
— III. — De la Creación.
— IV. — Prosigue la misma materia.
— V. — De los Deseos de los Santos Padres.
— VI. — Prosigue la misma materia.
— VII. — De la Encarnación.
— VIII. — Prosigue la misma materia.
— IX. — Del Nacimiento.
— X. — Sobre el salmo *Super flumina Babylonis*.

En esas poesías líricas religiosas, reveladoras de exquisito sentimiento, suavidad y ternura, marcados con el sello místico, distintivo con que se ostentan todas las obras de San Juan de la Cruz, no se hallará una sola reminiscencia, ni de las ideas de sus coetáneos, ni de las de sus mayores, lo cual no sucede con las de Fr. Luis de León, que si bien infinitamente más artísticas, cinceladas y primorosas, evocan el recuerdo de otros poetas, ya cristianos, ya paganos.

"Fr. Luis de León—ha dicho un docto crítico de nuestros tiempos — canta con el espíritu

mirando al cielo, pero con los pies aherrojados en la tierra, y su canto es doloroso como el suspiro del desterrado; San Juan de la Cruz canta desde el cielo, entre el éxtasis del bienaventurado y los himnos de los ángeles„ [8].

No se me oculta que campean en estas poesías muchas incorrecciones y desaliños en la frase y en el estilo; pero diré con un insigne panegirista de San Juan de la Cruz que "el inspirado autor del *Cántico espiritual* no se cuidaba de las reglas del arte: él escribía las inspiraciones de su alma ó las del cielo, sin buscar la gloria de los poetas laureados, sino el camino más derecho para llegar á las almas. Los escritores más correctos no pudieron alcanzar tamaño triunfo; los imitadores de griegos y latinos, los *petrarquistas* ó imitadores de los italianos no tuvieron la unción, la sencillez, la ternura, el espíritu de San Juan de la Cruz; y así no es maravilla que, aun siendo más conocidos ó más populares que el santo reformador del Carmelo, el uno se muestre en la cumbre, los otros en las vertientes de la santa montaña...„ "La figura de San Juan de la Cruz se distingue sobre un alto pedestal, medio envuelta entre nubes; y

su hermosa cabeza, cercada por el resplandeciente nimbo de los santos, se pierde en el cielo. Alaba Rioja la sencillez de Ausías March y de Boscán: ¡cuánto más sencillo aparece San Juan de la Cruz! Á Herrera le llaman el divino: ¡cuánto más lo merece San Juan de la Cruz!„

"Si San Francisco de Asís, San Buenaventura, el Aretino, fueron los precursores y maestros del Dante y de Petrarca, ¿qué tiene de extraño que Fr. Luis de León con toda su grandeza tratase de imitar la mística dulzura de San Juan de la Cruz? Nadie ignora que la sencillez de los afectos desnudos, expresada con formas simplicísimas, es lo que más se acerca á la belleza ideal„ [9]; por eso concluiré yo diciendo que San Juan de la Cruz es el poeta más *celestial y divino* de los poetas peninsulares.

CARTAS ESPIRITUALES

ESCRITAS Á DIFERENTES PERSONAS

Son en número de diez y ocho; diez y siete andan incluídas en la bellísima edición que he manejado, y una al fin del *Ensayo histórico* de Muñoz y Gárnica, jamás incluída entre las obras del Santo, la cual se conserva en el relicario de Pastrana.

Son todas espirituales, llenas de un sabor místico que dulcemente atrae y cautiva; la mayor parte están dirigidas á monjas. La misma sencillez y candor resplandece en ellas que en las de Santa Teresa; éstas reflejan un conocimiento más práctico del mundo y ostentan alguna negligencia y desaliño en el estilo; aquéllas se mueven en otra esfera superior á la terrestre, y la frase anda más suelta y ligera, y el estilo más aliñado y correcto. "Arrobado y sublime en muchos pasajes, apasionado en todos — dice un experto crítico — tiene la vista fija en el cielo, y no repara en la variedad de las circunstancias del mundo, care-

ciendo de aquella perspicacia y flexibilidad nativas en la mujer, y que suplen con ventaja á la ciencia „ [10].

Siguen á estas cartas, en la edición consultada por mí, la *Censura y parecer que dió el Beato Padre sobre el espíritu y modo de proceder en la oración de una Religiosa de su Orden.*

Compuso una obrilla, que se ha perdido, por desgracia, con el título de *Propiedades del pájaro solitario,* parecida sin duda á la que, sobre las propiedades del águila, escribió Fray Hernando de Talavera, de la Orden de San Jerónimo, Arzobispo de Granada; de cuya excelente y poética doctrina se hallan algunas breves indicaciones en las *Declaraciones del cántico espiritual,* escrito en el desierto de la Peñuela, glosando el célebre versículo de David: *Vigilavi et factus sum sicut passer solitarius in tecto* (Salm. CI, 8). Debió hallar inefables dulzuras, al componer esta obrita, quien, cual pájaro solitario, gustaba de la soledad, *vuelto el pico del afecto hacia donde viene el espíritu de amor* (Canc., XIV y XV).

Algunos atribuyen al Santo el tratado de *Las espinas del Espíritu,* que los colectores de la edición de Sevilla (1702) no incluyeron, sin duda por juzgarle dudoso, y se compone de ocho coloquios entre el Esposo y la esposa, viniendo á ser una paráfrasis en prosa del *Libro de los cantares.* Los Carmelitas están unánimes en atribuir la paternidad de este tratado á San Juan de la Cruz. Se imprimió en Cádiz, Sevilla y Barcelona por separado.

Se han perdido las *Reglas para discernir los milagros verdaderos de los falsos,* escritas por el Santo en el santuario de la Peñuela, con ocasión de los milagros que obraban las Santas Imágenes que había en el convento de carmelitas de Guadalcázar.

Para la mayor inteligencia de las obras de San Juan de la Cruz escribió el muy docto y religioso P. Fr. Diego de Jesús, celebrado en toda España con el renombre de Salablanca, unos *Apuntamientos y advertencias* en tres discursos, que van impresos al fin de los dos volúmenes de la edición de Madrid, de 1872, de la cual me he servido para ordenar el presente trabajo.





IV

Ediciones de las Obras de San Juan de la Cruz.

Por primera vez se dieron á la estampa estas obras en Alcalá de Henares, corriendo el año 1618, por iniciativa de la Madre Ana de Jesús, quien remitió los originales al Ilmo. D. Antonio Pérez, Obispo de Urgel, religioso de la Orden de San Benito. — Al año siguiente se publicó la segunda edición en Barcelona, y en 1630 la tercera en Madrid. Siguen luego la de Barcelona, en 1635; las de Madrid, en 1649, 1671 y 1679; la de Barcelona, en 1693; la de Madrid, en 1694, y por cuarta vez la de Barcelona, en 1700. Aventaja á todas ellas la de Sevilla, en 1702, porque se dió con el original que conservan con veneración las

carmelitas de Jaén. Otra se hizo en Barcelona, en 1724, y una en Pamplona, en 1774. Más ó menos completas y correctas se hicieron varias más, de las cuales no tengo noticia; á todas supera, empero, en corrección y belleza tipográfica la edición publicada en Madrid el año de 1872 (2 vols. 4.°) por la Compañía de Impresores y Libreros del Reino, precedida de un excelente prólogo de D. Juan M. Ortí y Lara, catedrático de Metafísica de la Universidad Central; prólogo, condenación explícita y victoriosa de las doctrinas del racionalismo en punto á la Mística, y del juicio crítico saturado de tan perverso error, con que se manchó otra edición de las obras del Santo, aparecida en Madrid en 1853, formando parte de la *Biblioteca de Autores españoles* de Rivadeneyra.

Como biógrafos de San Juan de la Cruz pueden citarse: el P. Dositeo de San Alejo (París, 1728, reproducida en 1872); el P. Pedro de San Andrés (en la Provenza, siglo XVII); el abate Collet, en 1796; Fr. Jerónimo de San José; Fr. Marcos de San Francisco; Fr. José de Jesús María; Fr. Juan de la Resurrección; Fr. Alberto de San Cayetano (Venecia, 1758); Fr. Domingo de Jesús María (Viena, 1852), y

el benedictino Lechner (Ratisbona, 1858); el abate Hulpiau, y el inglés Butler.

Fueron traducidas las obras de San Juan de la Cruz en 1695 por el P. Maillard, de la Compañía de Jesús, y se reimprimió esta versión en 1864. En Londres se hizo una traducción de las *Obras completas* del Santo, en 1864.



NOTAS

CORRESPONDIENTES Á CADA UNA DE LAS PARTES

EN QUE SE DIVIDE ESTE TRABAJO

INTRODUCCIÓN

1 D. José María Quadrado. — *Recuerdos y Bellezas de España, Salamanca, Ávila y Segovia.* Págs. 363 y 364.

2 D. José María Quadrado. Íbid., 487.

3 *Historia de la insigne ciudad de Segovia y Compendio de las Historias de Castilla.* — Segovia, 1847, imprenta de Don Eduardo Baeza, editor. Vid. tomo III, cap. XLIV, §. III, pág. 173. Muy celebrada, y por cierto justamente, es esta historia del insigne Colmenares, á cuya memoria profesan singular afecto los segovianos.—Muy útiles son también los *Apuntes biográficos de escritores segovianos* (1877) del M. I. Sr. D. Tomás Baeza, Deán de la Catedral de Segovia y Presidente de la Subcomisión literaria del Centenario de San Juan de la Cruz, celebrado hace un año; ilustre Prebendado, fenecido hace poco, con amargo duelo de los moradores de aquella ciudad.

4 Carta particular del ilustre y caritativo Marqués á un literato español.

I

1 Fr. Jerónimo de San José, ilustre poeta aragonés, discípulo predilecto de Bartolomé Leonardo de Argensola y biógrafo de San Juan de la Cruz. — *Compendio de la vida del B. P. San Juan de la Cruz*, cap. xvi. Anda inserto al principio de las *Obras* de dicho Padre, edic. de Madrid, 1872, por la Compañía de Impresores y Libreros del Reino. Vid. pág. 90.

2 *Compendio* citado, cap. iii, pág. 12.

3 Menéndez Pelayo. — *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo ii, cap. vii, pág. 173.

4 D. Pablo Piferrer. — *Clásicos españoles.* — Barcelona, imprenta de Tomás Gorchs, 1846. Vid. Época quinta, pág. 78.

5 *Teatro histórico-crítico de la Literatura española.* — Madrid, imprenta de Sancha, 1787. Vid. tomo iii, págs. 135 y 136.

6 Fr. J. Berchmans, del S. C. de Jesús. — *Influencia de San Juan de la Cruz en el desarrollo de la Literatura española.* Doctísimos artículos que está publicando dicho Padre en la preciosa *Revista carmelitano-teresiana*, que, con el título de San Juan de la Cruz, están publicando desde 1.° Noviembre del año 1890 los PP. Carmelitas descalzos en Segovia, tipografía de Rueda. Es un monumento esta Revista, que cede altamente en honra y prez del inmortal escritor. Vid., para la cita, art. ii, págs. 336 y 337, núm. ii del año i.

II

1 Vid. este *Compendio* al frente de las *obras* de la edición citada de Madrid, año de 1872.

2 Vid. *Introducción y Advertencia general á la lección de estos libros*, inserta después del Prólogo de Ortí y Lara en la referida edición. Págs. 51 y 52.

3 Vid. *Carta CCXXIV*, pág. 105. *Obras de Santa Teresa de Jesús.* Novísima edición, que tantos desvelos costó á D. Vicente de La Fuente. Tomo v. — Madrid, por la Compañía de Impresores y Libreros del Reino, 1881. Vid. tamb. Carts. ccxxiii, v, vi.

4 *Instruction sur les états d'oraison*, lib. i, núm. 12.

5 Se publicó este *Ensayo histórico* en 1875. —Jaén, imprenta de los Sres. Rubio, un tomo, 4.º

Era el Sr. Muñoz y Gárnica Lectoral de Jaén, Director antes del Instituto de 2.ª enseñanza; autor de los preciosos libros *De la Moral y el Derecho*, *Estudio sobre la Elocuencia sagrada*, *Manual de Lógica*, *Vida y escritos de D. José Martínez de Mazas*, *El Protestantismo inglés y los revolucionarios españoles*, *Sermones de la Virgen*, *Sermones panegíricos* y *San Juan de la Cruz*. Era uno de los más conspicuos redactores de *La Razón Católica* (1856-1860), en compañía de Melguizo, Ortí y Lara, Salgado, Ojero de la Cruz, etc.; colaborador doctísimo de *La Ciudad de Dios*, y de la sesuda *Unidad Católica*, dirigida por D. José María Quadrado, con quien le ligaban estrechos lazos de amistad y

simpatía. ¡Qué vida tan laboriosa y aprovechada la del insigne biógrafo de San Juan de la Cruz!

6 *Principios de Literatura general y española.* Vid. la *Parte histórica*, pág. 334. —Barc., imp. barc., 1877.

Fué el Sr. Milá gloria de Cataluña por la eminencia de su talento crítico y literario, y uno de los poquísimos escritores españoles cuyo "nombre y obras han logrado celebridad fuera de los lindes de la Península en lo que va de siglo," en sentir de Menéndez Pelayo, su fervoroso y entusiasta discípulo. Vid. *Horacio en España.* Traductores castellanos de Horacio. Vid. prim. edic.—Madrid, imp. Central, á cargo de Víctor Sáiz, 8.° mayor, 1877, §. VII, pág. 127.

III

1 Discurso de recepción en la Real Academia Española, el día 6 de Marzo de 1881.—Madrid, imp. de Maroto, 1881. Páginas 45 y 46.—Trabajo fué éste lleno de filigranas y primores, así en el fondo como en la forma; versó sobre la *Poesía mística en España*, de sus caracteres y vicisitudes y de sus principales autores. ¡Qué homenaje tan afectuoso rindió el clarísimo Menéndez á la memoria de nuestros místicos, y principalmente al que entre todos empuña el cetro de soberana realeza, el nunca bastante loado San Juan de la Cruz!

2 *Quid non invenit Fides? Attingit inaccesa, deprehendit ignota, comprehendit immensa, apprehendit novissima; ipsam denique aeternitatem suo illo vastissimo sinu quodammodo circumdudit.* SANCTI BERNARDI..... OPERA OMNIA. *Sermo LXXVI, super Cántica.*—París, 1615, tomo I, pág. 800.

3 *Diálogos de la conquista del reino de Dios.* Diálogo primero, §. v, pág. 27.—Madrid, imp. de San José, 1885.—A las aficiones literarias del P. Miguel Mir debemos la reimpresión de esta obra "de uno de los más suaves y regalados prosistas castellanos, cuya oración es río de leche y miel," en sentir de Menéndez Pelayo, que lee á Fray Juan de los Angeles como á uno de sus autores predilectos (*Historia de las ideas estéticas*, tomo II, cap. VII, págs. 138 y 139).

4 Vid. obra citada. Diálogo tercero, §. XIII, págs. 125 y 126.

5 MONS. CARLOS GAY, Obispo auxiliar de Poitiers. *De la*

vida y de las virtudes cristianas consideradas en el estado religioso. Trad. de D. Gabino Tejado, cuya reciente muerte lloran todavía las letras patrias. Vid. tomo I, pág. 176.—Madrid, 1878, imp. católica internacional.

6 Discurso de contestación al de Menéndez Pelayo en su entrada en la Academia Española. Pág. 109 de la edición ya citada.

7 Vid. Discurso ya citado, págs. 46, 47, 48 y 49.

8 Fr. Conrado Muiños Sáenz, Director de *La Ciudad de Dios*, docto crítico y literato, ornamento de la Religión agustiniana. *Prólogo* á las *Obras del P. Mtro. Fr. Luis de León.*—Madrid, Compañía de Impresores y Libreros del Reino, 1888, página XIX.

9 Muñoz y Gárnica. *San Juan de la Cruz. Ensayo histórico* ya citado, lib. IV, cap. IV, págs. 404 y 405.

10 Pons y Gallarza. *Introducción al estudio de los Autores clásicos latinos y castellanos.*—Barcelona, imprenta de Tomás Gorchs, 1887. Vid. segunda parte, §. 14, pág. 100.

Es el Sr. Pons ilustre preceptista y literato balear, timbre del profesorado de segunda enseñanza en España.



ÍNDICE

PÁGINAS

Aprobación de la censura eclesiástica.............. 5
Dedicatoria.................................. 7
Prólogo...................................... 9
Introducción................................. 15
I. — Fisonomía moral y literaria de San Juan de la Cruz.................................. 23
II. — Elogios tributados á San Juan de la Cruz por varones insignes en letras y santidad......... 39
III. — Análisis de las obras de San Juan de la Cruz, bajo el concepto religioso y literario.......... 45
IV. — Ediciones de las obras de San Juan de la Cruz.. 129
Notas correspondientes á cada una de las partes en qne se divide este trabajo...................... 133

Esta obra se vende, al precio de **2 pesetas**, en los puntos siguientes:

Madrid. — Librerías de Murillo, Suárez y Hernández (Don Enrique.)

Barcelona. — Tipografía católica y librería de Subirana.

Zaragoza. — Librería de Gasca, Plaza de la Seo.

Palma de Mallorca. — Librerías de Guasp, Amengual, Gelabert y en la Tipografía católica.

OBRAS DEL AUTOR

Fr. Luis de Granada. — Ensayo biográfico y crítico.

El P. Juan de Mariana. — Noticia histórica de su vida y escritos.

Fr. Juan Pérez. — Estudio histórico.

Meditaciones sobre la Eucaristía.

Belén, ó sea Meditaciones sobre el Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Triduo en honor de San Juan de la Cruz.

EN PRENSA

Apología sobre la Exposición que hizo el gran poeta lírico Fray Luis de León sobre el libro de Job.

Ejercicios piadosos en honor del Patriarca San José.

La Mujer en la Historia.

Los Benedictinos de San Mauro.

EN PREPARACIÓN

L. Junio Moderato Columela.

Cartas á Fulgencio. — Estudios pedagógicos.

El libro de la Imitación de Cristo.—Estudio literario y crítico.

